

La reelección de Barack Obama: entre la polarización y el pospartidismo

José A. Pacheco de Freitas

A major source of the anxiety and frustration that darken the climate of democratic politics is surely the gnawing fear that our masters are intellectually baffled and analytically impotent before the long-term crises of our age.

Arthur M. Schlesinger, Jr.¹

1. Introducción

Cuando este trabajo sea publicado van a haber pasado varios meses desde las elecciones presidenciales estadounidenses de 2012 y las anécdotas electorales habrán dejado de ser pertinentes. Por ello, con este artículo se pretende ofrecer al lector más que una simple crónica del proceso electoral. Se presentarán algunos aspectos estructurales y coyunturales que determinaron los confines de los comicios y se analizará a partir de ellos las candidaturas de Barack Obama y Mitt Romney, sus estrategias de campaña, el resultado de la elección, y las perspectivas para el presidente reelecto.

Entre los aspectos estructurales destacan la polarización partidaria e ideológica de la política estadounidense, los estudios sobre el poder presidencial que distinguen entre los presidentes transformadores y facilitadores del cambio, y la consolidación de la campaña permanente. Entre los coyunturales, que se dan en el marco fijado por los aspectos estructurales, están las malogradas negociaciones para un acuerdo sobre la deuda federal, la campaña republicana de restricciones al ejercicio del derecho al voto, el problema de la financiación de las campañas a la luz de la sentencia *Citizens United*, y la dinámica entre la reforma migratoria y el voto latino.

¹ SCHLESINGER, JR., Arthur M. *The Cycles of American History*. Nueva York: Mariner Books, 1999, p. 274.

Respecto a los candidatos, para el caso republicano se analiza la figura paradójica de Romney y se exploran los conflictos internos de un partido que aparece dividido, lo que se reflejó en su candidato a la vicepresidencia, Paul Ryan, y su relación con los líderes republicanos. En el caso demócrata, evaluar la candidatura del presidente a la reelección implicaba evaluar su desempeño en el gobierno. Se ha hecho hincapié además en su política exterior, por ser de especial interés para los lectores de *Agenda Internacional*.

Es importante hacer algunas precisiones para una mejor comprensión del panorama presentado en este trabajo. Primero, explicar que cuando se habla de derecha e izquierda en Estados Unidos (en adelante, EE.UU.), hay hoy una identificación casi total entre el conservadurismo y el liberalismo² y sus respectivos vehículos partidarios: el Partido Republicano y el Partido Demócrata. Hoy la derecha son los conservadores afines a los republicanos; mientras que la izquierda son los liberales afines a los demócratas. Hay muchos conservadores y liberales que no pertenecen a ninguno de los partidos pero que suelen votar consistentemente por uno u otro. Evidentemente puede haber excepciones, pero esta dicotomía suele describir acertadamente las posiciones políticas en EE.UU., su ideología y el partido que las acoge.

Segundo, en las elecciones presidenciales de EE.UU. participan varios partidos: en 2012 hubo seis candidatos a presidente y en el siglo xx la única vez que hubo solo dos candidatos a la presidencia fue en 1964. Sin embargo, la contienda electoral solo se da entre dos partidos: el Partido Demócrata y el Partido Republicano. Ello se debe a diversos factores que no trataremos, tales como sus profundas y tradicionales estructuras partidarias, las barreras de acceso económicas y normativas, y las dificultades organizacionales para que un tercer grupo lleve una campaña nacional. Desde 1868 los candidatos de los dos partidos obtuvieron más del 90% del voto popular, con la excepción de 1912, cuando el expresidente republicano Theodore Roosevelt presentó una candidatura alternativa a la del presidente William Taft, también republicano y que postulaba a la reelección. A lo largo de este trabajo solo trataremos a los candidatos demócrata y republicano por ser los únicos relevantes en términos organizacionales y de votos.

² En EE.UU. los liberales no son los neoliberales latinoamericanos, sino que se asemejan más a los progresistas europeos, aunque las categorías no son directamente equivalentes. Para comprender mejor la diferencia entre conservadores y liberales en EE.UU. ver THE PEW RESEARCH CENTER FOR THE PEOPLE & THE PRESS. *Trends in American Values: 1987-2012. Partisan Polarization Surges in Bush, Obama Years*. Washington D.C., jun. 4, 2012. Disponible en: <http://www.people-press.org/2012/06/04/partisan-polarization-surges-in-bush-obama-years/>

Tercero, en EE.UU. el Congreso Federal es bicameral, compuesto por el Senado —la cámara alta—, y la Cámara de Representantes —la cámara baja—³. Dichas cámaras son integradas por los senadores y los representantes, respectivamente, quienes son elegidos por sufragio directo. Hay cien senadores, dos por cada uno de los cincuenta estados; y 435 representantes, distribuidos entre los cincuenta estados según su población, determinada por el Censo Nacional que se celebra cada diez años. En cada una de ellas hay un presidente, además de un líder de la mayoría y uno de la minoría, según la participación de cada partido.

Cuarto, la diferencia entre el voto popular y voto electoral. El primero es simplemente el número total de personas que votaron por un candidato. En EE.UU. cada uno de los cincuenta estados y el distrito de Columbia (D.C.) elige algunos de los 538 *electores* que integran el Colegio Electoral (por ello, 538 *votos electorales*) en proporción a su representación en el Congreso (535 votos: 100 por los senadores y 435 por los representantes, más los 3 votos electorales del D.C.). A mayor población, más electores. Salvo Nebraska y Maine, el candidato que obtenga la mayoría del voto popular recibe el total de los electores del Estado, que se escogen de diversas maneras según la normativa estatal correspondiente. Es sumamente inusual que los electores se aparten del encargo recibido: suelen votar en un 99% por el candidato que venció en el voto popular en su estado. Por ello una vez determinado qué candidato ganó el voto popular en un Estado, se asume que los votos electorales irán para su partido⁴. Para ser electo presidente, se debe ganar el voto electoral, aunque no se gane el voto popular a nivel nacional. De hecho en 2000 el candidato republicano, George W. Bush, venció al demócrata, Al Gore, en el Colegio Electoral, y fue elegido presidente, pese a haber perdido el voto popular⁵. En este artículo se utilizará ambos conceptos: voto popular y voto electoral, y por «electores» deberá entenderse a los ciudadanos que votan y no a los miembros del Colegio Electoral.

2. Aspectos estructurales

2.1. La polarización partidaria e ideológica

La elección presidencial de 2012 en EE.UU. fue un capítulo más en el proceso de creciente polarización en la política estadounidense. Junto a los cambios demográficos, la polarización ha reconfigurado las estrategias electorales para obtener más votos, y la maquinaria electoral del presidente Obama, que no es del Partido Demócrata, ha sabido explotar dicha reconfiguración.

³ «Cámara» en mayúscula se refiere a la Cámara de Representantes, y «cámara» en minúscula a cada una de las dos cámaras que integran el Congreso.

⁴ Ver los detalles en: <http://www.archives.gov/federal-register/electoral-college/electors.html>

⁵ Ello solo había sucedido en 1824, 1876 y 1888.

La creciente polarización es un tema de estudio recurrente en EE.UU., y de cara a estas elecciones presidenciales el Pew Research Center for the People & the Press publicó un informe que concluía que la brecha sobre los valores políticos entre demócratas y republicanos era la mayor desde que se realiza este tipo de encuestas, hace veinticinco años, encontrándose fisuras a nivel de género, edad, raza y clase⁶. Dicho proceso se produjo sobre todo durante las presidencias de George W. Bush y Barack Obama, periodos en los cuales las bases de ambos partidos se mostraron sumamente críticas porque las elites se alejaban de sus posiciones partidistas tradicionales. Como contraste, vale la pena recordar que en los años 1960 ambos partidos incluían en sus filas a liberales, conservadores y centristas: había barones demócratas en el Sur que se oponían enfáticamente a las políticas progresistas de Lyndon B. Johnson, y millonarios liberales —como Nelson Rockefeller— que se oponían al conservadurismo de Richard Nixon.

En años recientes ambos partidos se han vuelto más pequeños y más homogéneos ideológicamente. Como señala Levendusky, los liberales se han vuelto demócratas y los conservadores se han vuelto republicanos⁷. En los últimos cuarenta años los dos grandes partidos se han vuelto cada vez más homogéneos e ideológicamente distantes. Hoy casi todos los liberales son demócratas y casi todos los conservadores son republicanos: el centro prácticamente ha desaparecido⁸. De hecho, cuando el presidente Obama asumió la presidencia, no existía un punto al centro donde ambos partidos pudieran encontrarse en el Congreso. Hay que retroceder hasta 1890 para encontrar una coyuntura con niveles similares de polarización.

El estudio de Pew refleja esa polarización. Si bien hay muchos valores que se mantienen similares entre 1987 y 2012, destaca el aumento de la brecha partidaria sobre los valores políticos, que pasó de un promedio de 10 puntos porcentuales entre ambos partidos a 18. La brecha ha crecido considerablemente en asuntos como la protección ambiental (de 5 a 39 puntos de diferencia), la inmigración (de 4 a 24), la religión (de 2 a 15) y el conservadurismo social (de 5 a 17). Entre las conclusiones del informe destacan dos: una, mientras que el Partido Republicano se ha vuelto cada vez más conservador (hay el doble de conservadores que liberales), el Partido Demócrata tiene una composición más equilibrada (un liberal por cada moderado); y, dos, los llamados independientes oscilan entre la posición conservadora sobre el estado de bienestar y la inmigración, y la liberal en asuntos laborales y ciertos aspectos sociales.

⁶ THE PEW RESEARCH CENTER. *Trends in American Values: 1987-2012*, Ob. cit.

⁷ LEVENDUSKY, Matthew. *The Partisan Sort: How Liberals Became Democrats and Conservatives Became Republicans*. Chicago: University of Chicago Press, 2009, p. 138.

⁸ LIZZA, Ryan. «The Obama Memos. The making of a post-post-partisan Presidency». *The New Yorker*, enc. 30, 2012, (pp. 36-49), p. 38.

En consecuencia, la polarización ha sido asimétrica: i.e., ha afectado a ambos partidos de manera diferente. De acuerdo con Hacker y Pierson:

Through the rise in polarization is undeniable, the conventional lament misses crucial aspects of the change. It suggests a transformation that is somehow equal on both sides, as if the two parties had run away from each other at the same speed. In fact, as we shall see, the move from the center has been spearheaded and driven by the Republican Party. Over the same era in which conservatives have risen to power, they have moved further and further from the political center⁹.

Mann y Ornstein, quienes sostienen que el Congreso y el sistema político estadounidense están al borde de un colapso institucional, comparten el diagnóstico de que el problema es con uno de los partidos:

One of the two major parties, the Republican Party, has become an insurgent outlier—ideologically extreme; contemptuous of the inherited social and economic policy regime; scornful of compromise; unpersuaded by conventional understanding of facts, evidence, and science; and dismissive of the legitimacy of its political opposition. When one party moves this far from the center of American politics, it is extremely difficult to enact policies responsive to the country's most pressing challenges¹⁰.

De acuerdo al estudio de Pew, hoy el 24% del electorado se declara republicano, el 32% demócrata y el 38% independiente. El Partido Republicano, que nominalmente tiene el apoyo de menos de una cuarta parte del electorado necesita captar muchos votos fuera de sus filas para poder ganar una elección. A ello debe añadirse que en casi todos los casos los independientes están mucho más cerca de los demócratas que de los republicanos, a menudo por márgenes sustanciales.

La polarización tiene aspectos positivos y negativos. La identificación ideológica de los electores con un partido es deseable. Como resalta Levendusky, los vínculos partidarios fuertes son sanos para una democracia porque es a través del partido que los votantes pueden conectar sus valores intrínsecos con una elección de voto. El lado negativo es que la atomización del electorado es potencialmente dañina porque genera una polarización entre «buenos» y «malos», lo que no es saludable para el debate político. Sin embargo, este abismo ideológico entre las bases de ambos partidos podría ser el resultado de una mayor vinculación de sus simpatizantes con las estructuras partidarias. Debe recordarse que antes de Ronald Reagan la preocupación académica era que no había suficiente polarización;

⁹ HACKER, Jacob S. y Paul PIERSON. *Off Center: The Republican Revolution and the Erosion of American Democracy*. Nueva Haven: Yale University Press, 2005, p. 5.

¹⁰ MANN, Thomas E. y Norman J. ORNSTEIN. *It's Even Worse Than It Looks. How the American Constitutional System Collided with the New Politics of Extremism*. Nueva York: Basic Books, 2012, p. xiv.

que los liberales, conservadores y moderados participaban de ambos partidos, por lo que estos perdían relevancia¹¹.

2.2. El presidente transformador y el presidente facilitador del cambio

El trabajo clásico sobre la materia definía el poder presidencial como el poder de persuadir¹². Como sostiene Edwards, el problema con dicha definición es que asume que el presidente efectivamente puede persuadir a la ciudadanía, sin reparar en la debilidad inherente en el cargo¹³. El liderazgo exitoso parece explicarse mejor por la capacidad de los presidentes de comprender la coyuntura, buscando apoyo para sus iniciativas, explotando las posibilidades de cambio que se presenten, y orquestando y administrando el apoyo que logren conseguir. A veces existirá un gran apoyo en la opinión pública y en el sistema político para los programas del presidente; otras veces habrá un apoyo latente que deba ser activado por la acción del mandatario. Ello se logra de dos maneras: siendo un presidente transformador o siendo un facilitador del cambio.

El primero es el líder fuerte en torno a quien gira el sistema político, con el poder suficiente como para alterar las relaciones entre otros actores políticos para poder ejecutar sus programas, con la persuasión como su recurso más poderoso. El sistema político estadounidense no es adepto a la figura del presidente transformador. La mayoría de agentes políticos es libre de seguir o no el liderazgo del presidente: no pueden ser compelidos a actuar de un modo u otro. La división de poderes consagrada en la Constitución impide que el mandatario actúe unilateralmente en la gran mayoría de asuntos trascendentes y le da a otros actores poderosos diferentes perspectivas y control de los asuntos y de las iniciativas legislativas. De este modo, el sistema compele al presidente a ejercer el liderazgo a la vez que le da pocas posibilidades de hacerlo.

De otro lado está el presidente facilitador del cambio. El facilitador no es solo alguien que aprovecha las oportunidades que se le presentan e invita a las personas a hacer aquello que ya deseaban hacer. Los facilitadores reconocen que el cambio no es inevitable y hacen que las cosas sucedan, reconociendo las oportunidades, escogiéndolas, y explotándolas.

¹¹ LEVENDUSKY, Matthew. Ob. cit., pp. 138-140.

¹² NEUSTADT, Richard. *Presidential Power and the Modern President. The Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan*. Nueva York: The Free Press, 1991.

¹³ Para esta sección, EDWARDS III, George C. *The Strategic President. Persuasion and Opportunity in Presidential Leadership*. Princeton: Princeton University Press, 2009, pp. 7-12.

La gran mayoría de presidentes con agendas ambiciosas comenzó queriendo ser un líder transformador y aprendió poco a poco a ser un facilitador del cambio. El presidente Obama, en línea con ilustres antecesores como Franklin D. Roosevelt y Lyndon B. Johnson, parece haber aprendido que tiene muchas constricciones como producto del sistema político, y que debe aprovechar las oportunidades existentes en lugar de esperar cambiar la realidad a través de un discurso excepcional. De hecho, Edwards enfatiza, y en su libro lo demuestra convincentemente, que los presidentes no pueden persuadir al público para que apoye sus políticas públicas. Si bien no pueden cambiar la opinión pública, sí pueden explotarla como un medio para cambiar la dirección de las políticas públicas¹⁴.

Aplicando la dicotomía transformador/facilitador de Edwards, Lizza sostiene que el presidente Obama pasó efectivamente por ese proceso de aprendizaje, comprendiendo que es sumamente difícil lograr grandes cambios¹⁵. Al constatar esa realidad, el presidente se sintió frustrado por los límites a su poder, pero finalmente aprendió cómo operar dentro de ellos. Como recuerda Edwards, el sistema estadounidense es muy complicado, el poder muy descentralizado y los intereses muy diversos como para que una sola persona, sin importar cuán extraordinaria, pueda dominarlo.

2.3. La campaña permanente y el entrapamiento político

De acuerdo con Sachs, en EE.UU. el juego político ha sustituido al trabajo de gobernar. El presidente y los congresistas dedican la mayor parte de su tiempo a hacer campaña y recaudar fondos, negociando transacciones de corto plazo y solo ocasionalmente debatiendo asuntos de importancia. Sin embargo, toda esa actividad política no puede satisfacer la demanda por un adecuado gerenciamiento del sector público, lo que implicaría definir metas públicas y planificar, diseñar estrategias y hacer presupuestos para lograrlas¹⁶. En el mismo sentido, Krugman y Wells sostienen que EE.UU. tiene un problema político, no económico, el cual está afectando seriamente su capacidad de funcionar como un gobierno democrático¹⁷.

Dicha realidad fue presentada en una compilación de artículos sobre la campaña permanente, en la cual se explica que las campañas y el gobernar han pasado a ser una sucesión que se repite sin parar¹⁸. Mientras que las campañas son juegos de suma cero,

¹⁴ Ibid., p. 61.

¹⁵ LIZZA, Ryan. Ob. cit., pp. 39-40.

¹⁶ SACHS, Jeffrey. «The Election IV». *The New York Review of Books*, nov. 8, 2012, vol. 59, no. 17.

¹⁷ KRUGMAN, Paul y Robin WELLS. «Getting Away with It». *The New York Review of Books*, jul. 12, 2012, vol. 59, No. 12.

¹⁸ ORNSTEIN, Norman J. y Thomas E. MANN (eds.). *The Permanent Campaign and Its Future*. Washington D.C.: American Enterprise Institute y The Brookings Institution, 2000.

en los cuales hay un ganador y un perdedor, teóricamente el gobierno es un juego aditivo en el que no debería haber ganadores ni vencedores. La campaña permanente ha llevado a que el gobernar se convierta en parte de la campaña y que las decisiones políticas se tomen sobre todo en función de cálculos electorales.

Sachs sostiene que el público se ha acostumbrado al mal manejo del sector público. La interpretación prevaleciente es que el gobierno está atrapado por la polarización partidista, pero para él esa situación se explica porque el gobernar se ha convertido en la continuación de las campañas electorales, que a su turno son cada vez más solo una lucha entre grupos de interés que compiten entre sí para financiar a los políticos que les convenga y mantenerlos en el poder. Por ello su propuesta es ver el gobierno como una empresa que requiere planeamiento, presupuestos y estrategia, para que a través de un funcionamiento más eficiente pueda rescatar a la administración pública de la situación política que la ha vuelto disfuncional¹⁹.

Debe tenerse en cuenta que esta aparente disfuncionalidad en el sistema político estadounidense no es nueva. Un memorando de un funcionario del Departamento de Presupuesto, James H. Rowe, Jr., dirigido al presidente Harry S. Truman tras las elecciones de medio término de 1946, presenta la imposibilidad de una cooperación genuina y natural entre el presidente y un Congreso opositor porque, mientras el primero representa a toda la nación, los miembros del segundo representan a sus votantes, que tienen intereses específicos, distintos entre sí y que pueden contraponerse al interés general. Por ello Rowe concluye que si el Congreso es controlado por el partido opositor, el conflicto es inevitable, y propone una serie de medidas que el mandatario puede adoptar: la tarea del presidente será aprovechar las oportunidades que se presenten para facilitar los cambios desde la opinión pública, para que sea esta la que presione a los congresistas²⁰.

3. Aspectos coyunturales

3.1. Las negociaciones para llegar a un gran acuerdo sobre la deuda

EE.UU. tiene graves problemas fiscales, pero la evidencia de que resulten de una alta presión tributaria es escasa. Para 2012 la tasa del más alto nivel del impuesto a la renta fue de 35% —menor que la de Australia, Japón, Italia, Francia, Alemania, o el Reino Unido—. El gobierno estadounidense tampoco es demasiado grande: su tamaño como proporción del producto interno bruto (PIB) es un 25% menor que en Francia

¹⁹ SACHS, Jeffrey. Ob. cit.

²⁰ ROWE, James H. «Cooperation or Conflict? The President's Relationships with an Opposition Congress». Disponible en: <http://www.trumanlibrary.org/oralhist/rowejhap.htm#appa>.

y mucho menor que el promedio europeo. Y si bien el nivel de endeudamiento del país parece insostenible, «la historia, las matemáticas y el sentido común sugieren que no puede reducirse, y menos ser pagado, sin ingresos tributarios adicionales»²¹. Debe añadirse que la presión tributaria como parte del PIB es de solo un 24,1%, según información de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OECD)²².

Al respecto, retomando la idea de la polarización partidista, la imposibilidad de que el presidente y los líderes republicanos en el Congreso llegaran a un gran acuerdo sobre la deuda debió ser un asunto crítico en la campaña, pero la concentración de los candidatos en el día a día y su abandono de los temas prioritarios impidió que fuera tratado. El fracaso en la negociación del acuerdo es la muestra más clara de cómo funciona hoy el sistema político estadounidense, y las relaciones de poder que dicha estructura pone en evidencia se mantendrán presumiblemente hasta el fin del segundo mandato del presidente Obama.

En agosto de 2011, el presidente Obama inició negociaciones secretas con los republicanos John Boehner, presidente de la Cámara, y Eric Cantor, líder de la mayoría en la Cámara, para llegar a un acuerdo que fuera más allá de las divisiones partidarias. De acuerdo con *The Washington Post*, si bien allegados al mandatario señalaron que no se pudo cerrar el acuerdo porque Boehner abandonó las tratativas al no ser capaz de movilizar a su partido detrás de un eventual compromiso, existe una versión distinta. Esa misma semana, el Grupo de los Seis, integrado por tres senadores de cada partido, que venía trabajando hacía meses en un plan de reducción del déficit en el largo plazo sobre las recomendaciones de la comisión bipartidista Simpson-Bowles (que había sido creada por el presidente Obama y cuyas recomendaciones no fueron implementadas por el bloqueo en el Congreso), presentó finalmente un plan para acabar con el *impasse* presupuestario, el cual incluía concesiones de los republicanos mucho mayores a las que el presidente venía logrando en sus negociaciones secretas. El mandatario renegó del acuerdo preliminar y aumentó sus demandas a un nivel en el cual fue imposible que Boehner aceptara. Eventualmente el presidente retomó el acuerdo preliminar, pero Boehner, que se sintió traicionado, ya no estaba dispuesto a llegar a un acuerdo²³.

²¹ La información y la cita provienen de COLL, Steve. «Veep Stakes». *The New Yorker*, oct. 22, 2012, p. 28.

²² Sobre un análisis comparado de los niveles de presión tributaria, ver el reciente artículo de CAMPBELL, Andrea Louise. «America the Undertaxed». *Foreign Affairs*, No. 91, vol. 5, sep./oct. 2012, donde se cita la información de la OECD.

²³ WALLSTEN, Peter, Lori MONTGOMERY y Scott WILSON. «Obama's evolution: Behind the failed 'grand bargain' on the debt». *The Washington Post*, mar. 20, 2012.

Según *The New York Times*, la versión republicana es que Boehner y el presidente Obama tenían ya un acuerdo marco para rediseñar el Código Tributario, reducir el costo de los *entitlements*²⁴ y recortar el déficit, pero, luego de la presentación del informe del Grupo de los Seis, el presidente, bajo la presión de los demócratas en el Congreso, demandó cientos de millardos de dólares en ingresos tributarios adicionales. Boehner no aceptó los nuevos términos y no se llegó a un acuerdo por culpa del presidente. Para la Casa Blanca, el acuerdo marco era parte de una negociación fluida, en la cual el pedido de ingresos adicionales era una opción más sobre la mesa —no una demanda de último minuto—. De acuerdo con los demócratas, mientras el presidente se mantuvo firme frente a su propio partido, Boehner se quebró ante los miembros más radicales del suyo. Boehner habría inventado la historia de una demanda extemporánea para abandonar las negociaciones porque se dio cuenta de que no podría atraer el apoyo republicano a un eventual acuerdo²⁵.

Dichas negociaciones, descritas por funcionarios de la Casa Blanca como las más intensas y trascendentales de su presidencia, motivaron a Barack Obama a seguir un camino diferente, mucho más partidista, en línea con la polarización que se propuso superar durante su gobierno. El colapso de las conversaciones sobre la deuda fue un desastre desde una perspectiva de política pública y, en el corto plazo, política²⁶. *Standard & Poor's*, una agencia de calificación de riesgo, rebajó su nota para la deuda del país y los niveles de aprobación del presidente y del Partido Republicano llegaron a sus puntos más bajos.

Como balance, la ruptura de las negociaciones marcó un punto de inflexión para la administración Obama. El espectáculo de ver a EE.UU. al borde de una cesación de pagos sobre su deuda por el partidismo obstruccionista fue bochornoso. El presidente contempló cómo sus intentos de aplacar a los conservadores disgustaban a los liberales sin darle beneficios ya sea en el centro o en la derecha del electorado. A partir de entonces dejó de construir su estrategia sobre la base de que podría obtener el apoyo republicano; vale decir, dejó de intentar aprobar leyes a través del Congreso. Como admitió el presidente Obama, la campaña de 2012 se convirtió en una extensión de sus fallidas negociaciones con la Cámara²⁷.

²⁴ Los *entitlements* son derechos exigibles al Gobierno, adquiridos sobre la base de un derecho fundamental o por un marco normativo específico. Su provisión supone grandes gastos para la administración pública. Las pensiones de jubilación y los pagos de seguridad social son ejemplo típicos de *entitlement*.

²⁵ BAI, Matt. «The game is called chicken: Obama vs. Boehner: Who killed the debt deal?». *The New York Times Sunday Magazine*, abr. 1, 2012, pp. M22 y ss.

²⁶ Distingamos política pública (*policy*) de política (*politics*).

²⁷ CHAIT, Jonathan. «November 7th». *New York Magazine*, oct. 14, 2012.

Para Fallows, el episodio de las negociaciones es una muestra de la sagacidad política del presidente. En su evaluación, el presidente consistentemente ofreció la imagen de ser equilibrado y razonable, ocupando el centro político, mientras el *Tea Party* seguía llevando al Partido Republicano hacia el extremo²⁸. Así el mandatario logró el compromiso de financiamiento para 2012 y, como se ha podido ver en los días siguientes a su reelección, las perspectivas que ofrece el abismo fiscal están llevando a los republicanos a una mesa de negociación en la cual encontrarán a un presidente fortalecido.

Existe una paradoja central en la política presupuestaria del Partido Republicano: la agrupación se define casi por completo por su determinación para reducir la deuda, pero le es imposible hacerlo en casi todos los rubros en los que podría recortarse el gasto —un aumento impositivo, recortes en defensa, la reestructuración de los *entitlements*—. Dada la estructura polarizada de la política estadounidense:

What's clear now is that the only thing holding Washington back from a meaningful step toward reducing debt and modernizing government isn't any single policy dilemma, but rather the political dynamic that makes compromise such a mortal risk²⁹.

3.1. Restricciones en el ejercicio del derecho al voto

Desde 2010, varios estados (salvo uno, todos con gobernadores republicanos) aprobaron normas que obligan a los votantes a presentar tarjetas de identificación personal, a menudo con una fotografía, para poder votar. La identificación más empleada es la licencia de conducir. La mayoría de personas que no tiene una es habitualmente pobre, afroamericana, o latina, segmentos de la población que suelen votar por el Partido Demócrata. Si bien se puede obtener otro documento de identificación, los procedimientos para ello son costosos y complicados, y requieren en muchos casos que los solicitantes se desplacen a distancias considerables para encontrar una oficina que los emita. Los republicanos que defienden este tipo de normas señalan que son necesarias para prevenir un fraude electoral por suplantación, pese a que casi no existen casos documentados³⁰. De hecho, para vencer una elección fraudulentamente se necesitan más ánforas y cédulas: no se puede ganar suplantando personas, sino que se debe aumentar el número de votos³¹.

²⁸ FALLOWS, James. «Obama, Explained». *The Atlantic*, mar. 2012.

²⁹ BAI, Matt. Ob. cit.

³⁰ DWORKIN, Ronald. «The Election II». *The New York Review of Books*, 59(17), nov. 8, 2012.

³¹ MAYER, Jane. «The Voter-Fraud Myth». *The New Yorker*, oct. 29, 2012, pp. 44-49.

Estas medidas han sido consideradas más bien parte de una estrategia para contraer al electorado, restringiendo el sufragio de la coalición de minorías que votan por el Partido Demócrata. Así, los nuevos requisitos de documentación funcionarían como una tasa para ejercer el voto, porque estos cambios demandan dinero y tiempo para ejercer un derecho básico. Con estas medidas, el Partido Republicano estaría privando a una porción del electorado del derecho a votar porque justamente no vota por ellos³².

Si bien en varios países los votantes tienen un documento nacional de identidad con fotografía, en EE.UU. nunca ha sido un requisito para votar, por lo que este tipo de medidas invita a la suspicacia. Se estima que 11% del electorado no tiene documentos como los que exigen las iniciativas legislativas; entre los mayores de 65 años, 18% no los tienen; y el porcentaje entre los afroamericanos es de 25%³³. Dicho asunto jamás ha sido un problema para el ejercicio del voto y esta coyuntura es más bien un reflejo del debate entre el privilegio de votar, que es excluyente, y el derecho de votar, que es inclusivo.

La visión del voto como un privilegio lo considera un derecho conferido a personas que cumplan con ciertos requisitos mínimos que buscarían salvaguardar el proceso electoral³⁴. Con todo, en la sentencia de la Corte Suprema de EE.UU. en *Bush v. Gore* (531 U.S. 98, 2000), decisión que puso fin a la controversia sobre el recuento de votos en la elección presidencial de 2000, se argumentó que los estados debían tener una justificación para establecer normas sobre el voto, que fue considerado un derecho. En EE.UU. las normas sobre la votación no son federales, sino que son competencias estatales. Sin embargo, la Corte Suprema ha determinado ya que el voto es un derecho, precisión que era necesaria porque la Constitución no lo establece afirmativamente, sino solo en dos referencias negativas.

3.2. *CitizensUnited* y la financiación de las campañas

En el caso *Citizens United v. Federal Election Commission* (558 U.S. 310, 2010), la Corte Suprema de EE.UU. sostuvo que el gobierno no puede restringir los gastos independientes de empresas y sindicatos en política. La decisión dio a esas entidades

³² HACKER, Andrew. «Can Romney get a majority?». *The New York Review of Books*, 59(14), sep. 27, 2012.

³³ Información presentada en MAYER, Jane. «The Voter-Fraud Myth», p. 46. Al respecto, puede revisarse el editorial de *The New York Times* del 4 de noviembre de 2012: «Upholding democracy, ballot by ballot», p. SR12, y COLLIER, Victoria. «How to rig an election: The G.O.P. aims to paint the country red». *Harper's*, noviembre 2012. Existió una batería de abogados en ambos partidos dispuestos a litigar al respecto, y su trabajo fue decisivo en Ohio, uno de los estados más determinantes en la elección. Ver: TOOBIN, Jeffrey. «Right to vote». *The New Yorker*, nov. 19, 2012, pp. 29-30.

³⁴ La tensión entre el voto como derecho y como privilegio es explicada en MCDONALD, Michael. «American voter turnout in historical perspective» En LIGHLEY, Jan E. (ed.). *The Oxford Handbook of American Elections and Political Behavior*. Oxford: Oxford University Press, 2012.

el mismo derecho a la libertad de expresión que tienen los individuos, eliminando cualquier restricción para el financiamiento privado de la política. La sentencia fue criticada porque se supuso que marcaría la apropiación de la política por los más ricos, iniciando la transformación de la democracia estadounidense en una plutocracia.

Sin embargo, antes de *Citizens United* los individuos y las compañías podían contribuir cantidades enormes de dinero a las campañas de su preferencia, aunque se desincentivaba dichas donaciones porque había una confusa regulación que establecía variados niveles de responsabilidad por el uso del dinero. Por ejemplo, en 2000, la última elección en la que se permitió el dinero blando —contribuciones ilimitadas de ricos, empresas y sindicatos—, ambos partidos recaudó USD 225 millones cada uno. Además, la financiación de las campañas está sujeta a la ley de los rendimientos decrecientes, y se ha estimado que el umbral es de USD 500 millones. Por encima de ese nivel no hay mucho más en qué gastar el dinero³⁵.

La *Bipartisan Campaign Reform Act* (BCRA) de 2002 prohibió el dinero blando, lo que creó un vacío para el financiamiento político realizado por donantes ricos. La consecuencia no prevista de la BCRA fue iniciar la migración gradual del poder político del interior de la estructura del partido hacia fuera de ella. El verdadero problema es que a partir de la BCRA y de *Citizens United* la mayor parte del dinero recaudado en las campañas presidenciales es gastada por emprendedores y estrategias políticas que no responden a ninguno de los dos partidos, generándose estructuras paralelas a sus comités nacionales³⁶.

Tradicionalmente el Partido Republicano se distinguió por su excelente organización, conducida disciplinadamente a través del Comité Nacional Republicano (RNC). En 2012, la autoridad del RNC fue seriamente cuestionada por candidatos a las primarias republicanas que se opusieron a Romney, el candidato de consenso, quienes no tenían ninguna posibilidad de vencer en una elección nacional pero que contaron con el financiamiento de billonarios paralelo al partido. Las voces marginales de Newt Gingrich y Rick Santorum convirtieron las primarias en una competencia por la aprobación del *Tea Party* y la derecha evangélica, poniendo de relieve las posiciones más extremas en el partido. Mientras que el Partido Demócrata apoyaba monólicamente la candidatura del presidente Obama, Romney tuvo que enfrentar

³⁵ Hay evidencia de que el gasto en anuncios de televisión, distribución de volantes, llamadas telefónicas o el envío automatizado de correos electrónicos tiene escaso impacto en la intención y la movilización del voto. Ver: GREEN, Donald P. y Alan S. GERBER. *Get out the Vote. How to increase voter turnout*. Washington D.C.: Brookings Institution Press, 2008.

³⁶ Ver la presentación de este fenómeno en: BAI, Matt. «How did political money get this loud?». *The New York Times Sunday Magazine*, jul.22, 2012, pp. MM14 y ss.

más de veinte debates y desplegar una retórica extremista que lo alejó de potenciales votantes moderados³⁷.

Los nuevos financistas políticos debilitan además a los partidos al ofrecer una alternativa a los proveedores de servicios de la organización partidista: las encuestadoras, los relacionistas públicos, los expertos en medios de prensa, y las redes de comunicación con los votantes. Antes de la BCRA, el partido controlaba esos contratos y los proveedores se mantenían alineados con la organización por temor a perder valiosas oportunidades comerciales. El ascenso de los *super PAC* ofrece una nueva fuente de trabajo para la comunidad de profesionales de la política³⁸.

El problema con los *super PAC* es que el financiamiento paralelo a los partidos da espacio a las visiones más radicales, llevando a que los candidatos y representantes se aparten aún más hacia los extremos ideológicos. Pese a sus defectos, los partidos políticos son importantes para el funcionamiento del sistema político porque son poco proclives a alejarse del centro: el debilitamiento de los partidos por estas nuevas fuentes de financiamiento es un retroceso en términos de la operatividad de la democracia estadounidense³⁹.

Karl Rove, el estratega detrás de la victoria de George W. Bush en 2000 y 2004, se ha fortalecido con esta dinámica. Retomó su rol preeminente en el Partido Republicano al orquestar una red de *super PAC* que canalizó donaciones de las personas más ricas de EE.UU. que sumaron más de un millardo de dólares, y no tiene límites temporales para su liderazgo. Cabe preguntarse quién controla hoy al Partido Republicano, si Reince Preibus, jefe del RNC, o Rove, que fundó el poderoso *super PAC* Crossroads. Pese a que Romney perdió, Rove cuenta con la posibilidad de la candidatura de Jeb Bush para 2016, que puede resultar atractiva para captar el voto latino. Si bien tendrá que unificar las diferentes facciones del partido, hoy es el verdadero líder de los republicanos⁴⁰.

Los demócratas también podrían recaudar fondos a través de *super PAC*, pero las relaciones entre la Casa Blanca, los bancos, y Wall Street se han deteriorado, por lo que muchos ricos han abandonado la causa del presidente Obama. Además, tras sus críticas a *Citizens United*, sería difícil para los demócratas solicitar abiertamente contribuciones a través de *super PAC*.

³⁷ EDSALL, Thomas B. «Billionaires going rogue». *The New York Times*, Campaign Stops blog, oct. 28, 2012.

³⁸ Los Comités de Acción Política (*super PAC*), llamados Comités de Gasto Independiente en la jerga regulatoria electoral estadounidense, constituyen un vehículo para que sumas ilimitadas de dinero puedan ser recaudadas de empresas, sindicatos e individuos, para ser empleadas con el propósito expreso de elegir o impedir la elección de un candidato específico.

³⁹ EDSALL, Thomas B. «Billionaires going rogue». Ob. cit.

⁴⁰ UNGER, Craig. «Boss Rove». *Vanity Fair*, sep. 2012.

3.3. La inmigración y el voto latino

Rove intentó en 2004 formar una base amplia para el Partido Republicano entre los latinos, bajo la idea de que los valores conservadores respecto a la familia, la religión, el aborto o el matrimonio entre personas del mismo sexo, podían servir como un puente entre el partido y la comunidad. Exgobernador de un estado de frontera, el candidato republicano George W. Bush enfatizó la necesidad de que el Partido Republicano desarrollase una visión de la reforma migratoria beneficiosa para los latinos. Su acercamiento a la problemática de los inmigrantes como un asunto integral para el futuro del partido dio buenos resultados: obtuvo el 40% del voto latino en 2004, duplicando el guarismo que el partido obtuvo en 1996.

Sin embargo, para 2004, como parte del rechazo del partido a toda iniciativa tomada por Bush hijo, los representantes republicanos en el Congreso rechazaron la reforma migratoria y radicalizaron la posición del partido frente a los inmigrantes⁴¹. El fracaso de su reforma migratoria, entendida como integral para la ampliación del electorado republicano, y del intento de reforma del sistema pensionario fueron dos muestras de la desvinculación entre el presidente y los congresistas más extremistas del Partido Republicano, y marcaron el final de la agenda interna de la administración Bush⁴².

De lado demócrata, el 15 de junio de 2012 el presidente Obama anunció que ya no se deportaría a los inmigrantes irregulares que cumplieran ciertos requisitos previstos en la DREAM Act (*Development, Relief, and Education for Alien Minors*)⁴³, una iniciativa legislativa lanzada el 1 de agosto de 2001 y cuyas provisiones ya han sido incorporadas en la regulación estatal de once estados. Esta decisión innegablemente fue electoralista: el presidente estaba cortejando los votos latinos⁴⁴. Un 68% de la comunidad latina apoyó la candidatura del presidente Obama en 2008, pero es presumible que había una desilusión generalizada por los pocos avances en la reforma inmigratoria, que permitiría a los descendientes de migrantes irregulares lograr la plena ciudadanía, y por el notorio aumento de las deportaciones⁴⁵.

⁴¹ LIZZA, Ryan. «Return of the Nativist». *The New Yorker*, dic. 17, 2007.

⁴² Con la excepción de la emergencia planteada por la crisis financiera, que llevó a la aprobación del *Troubled Asset Relief Program*, TARP, una iniciativa bipartidista para el salvataje de bancos en riesgo de insolvencia, en octubre de 2008.

⁴³ Por ejemplo, se concedería residencia permanente condicional a ciertos residentes irregulares de buen perfil moral que se hubieran graduado de una escuela secundaria estadounidense, que hubieran llegado al país como menores de edad, y que hubieran vivido en el país continuamente por al menos cinco años antes de la entrada en vigor de la Ley. Ver detalles de la propuesta de ley en: <http://thomas.loc.gov/cgi-bin/bdquery/z?d108:S.1545>:

⁴⁴ TALBOT, Margaret. «Future Voters». *The New Yorker*, Daily Comment blog, jun. 21, 2012.

⁴⁵ De acuerdo a las estadísticas del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE) y del Departamento de Seguridad Nacional, la administración Obama ha deportado a casi 33 000 inmigrantes irregulares por mes, contra los casi 21 000 por mes de Bush hijo.

En 2008, los latinos le permitieron al senador Obama ganar los votos electorales en Colorado, Nevada y Nuevo México, y es probable que también en Florida, Indiana, Carolina del Norte y Virginia (en 2012 perdió Indiana y Carolina del Norte). Ello sumaba 85 votos electorales: de haber perdido esos estados, solo habría vencido a McCain 280-258 en votos electorales en lugar de la diferencia 365-173 que obtuvo gracias al voto latino. Aunque en 2012 las encuestas mostraban que el presidente Obama todavía tenía amplia popularidad en la comunidad latina, debía movilizarla para que votara⁴⁶.

El anuncio respecto a la DREAM Act solucionó ese problema, dándole bríos a los activistas a los que la administración había decepcionado y entusiasmando a los latinos alrededor de la figura del presidente⁴⁷. Sin embargo, es evidente que también fue una excelente decisión como política de estado: permitió avanzar en objetivos en los que el Congreso venía trabajando hacía más de una década, en especial detener las deportaciones de aquellos que entraron irregularmente al país cuando eran menores de edad y que se habían comportado como buenos ciudadanos desde entonces.

Las implicancias políticas del anuncio respondieron plenamente a previsiones de que si el presidente lograba vencer pese al magro crecimiento de la economía y a la sensación generalizada de insatisfacción con la marcha del país, la explicación se debería sobre todo a la demografía: el Partido Republicano ya no puede llegar a la presidencia sin un aumento sustancial de los votos de los no blancos⁴⁸. En septiembre de 2012 una de las razones principales para explicar la importante ventaja que el presidente tenía sobre Romney en las encuestas era el escenario demográfico, especialmente en el caso de los latinos⁴⁹.

Este mismo diagnóstico fue expuesto por el presidente en una entrevista durante la campaña:

Should I win a second term, a big reason I will win a second term is because the Republican nominee and the Republican Party have so alienated the fastest-growing demographic group in the country, the Latino community. And this is a relatively new phenomenon. George Bush and Karl Rove were smart enough to understand the changing nature of America⁵⁰.

⁴⁶ LOPEZ, Mark Hugo, Ana GONZALEZ-BARRERA y Seth MOTEL. «As Deportations Rise to Record Levels, Most Latinos Oppose Obama's Policy». *Pew Hispanic*, nov.18, 2011.

⁴⁷ KOPPELMAN, Alex. «Obama's Immigration Shift: Good Policy, Better Politics». *The New Yorker*, News Desk blog, jun. 15, 2012.

⁴⁸ LIZZA, Ryan. «The Second Term. What Would Obama Do If Reelected?». *The New Yorker*, jun. 18, 2012, (pp. 44-55), p. 53.

⁴⁹ Ver MARTIN, Jonathan. «Why Barack Obama is winning». *Politico*, sep. 18, 2012; y ALLEN, Mike y VANDEHEI, Jim. «Inside the campaign: How Mitt Romney stumbled». *Politico*, sep. 16, 2012.

⁵⁰ Transcripción de la entrevista con el presidente Barack Obama, «After editor's blog, President Obama releases transcript of Register interview». *Des Moines Register*, oct. 24, 2012.

Así, en muchos estados decisivos el voto latino fue determinante para ganar la elección, y los esfuerzos del equipo del presidente Obama por registrar a los votantes y asegurarse de que votaran le habrían dado la ventaja suficiente⁵¹. Pocos votantes latinos olvidaron la retórica contra la inmigración que primó en las primarias del Partido Republicano y su oposición al apoyo del presidente a la DREAM Act⁵².

4. La candidatura republicana

4.1. La paradójica candidatura de Mitt Romney

Lo primero que puede decirse de Mitt Romney, el candidato republicano, es que sus virtudes no podían ser resaltadas en la campaña porque disminuirían sus posibilidades de ganar votos en importantes segmentos socioeconómicos: su capacidad gerencial en Bain Capital podía alienar a los trabajadores; su gestión moderada y conciliadora como gobernador de Massachusetts podía preocupar a los conservadores; y su devoción religiosa ahuyentaría a los cristianos evangelistas⁵³. Si bien sí se destacó su rol en la organización de los Juegos Olímpicos de Invierno en Salt Lake City de 2012, debe recordarse que el evento requirió sustanciosas contribuciones del gobierno federal (más de USD 1,5 millardos), lo que sería objetable para un candidato que hace campaña sobre una plataforma de apología de la libre empresa, y hubo varios casos documentados de corrupción y tráfico de influencias durante su gestión⁵⁴.

La paradoja de Romney consiste en que el Partido Republicano contemporáneo, que a partir de la reafirmación del credo del *Tea Party* tras las elecciones congresales de medio término en 2010 ha expulsado fanáticamente a toda facción moderada, ha escogido como su candidato a un heredero de la tradición moderada del partido. Su padre, George Romney, lideró la facción moderada del partido contra la facción conservadora de Barry Goldwater en las primarias para las elecciones presidenciales de 1964, y se convirtió en un opositor a la guerra en Vietnam pese a que originalmente apoyó la participación estadounidense.

A mayor abundamiento, la ley de salud de Massachusetts, el mayor logro de Romney en gestión pública, es la base de la ley de reforma de la salud pública del presidente Obama, la *Patient Protection and Affordable Care Act* (en adelante, ACA)⁵⁵,

⁵¹ ST. GEORGE Donna y Dennis BRADY. «Growing share of Hispanic voters helped push Obama to victory». *The Washington Post*, nov. 8, 2012.

⁵² PINCKNEY, Darryl. «The Election III», *The New York Review of Books*, nov. 8, 2012, vol. 59, no. 17.

⁵³ RICH, Frank. «The Election II». *The New York Review of Books*, nov. 8, 2012, vol. 59, no. 17.

⁵⁴ BARLETT, Donald L. y James B. STEELE. «Snow Job», *Sports Illustrated*, dic. 10, 2001.

⁵⁵ La ACA es conocida como «Obamacare», pero preferimos las siglas de la ley para evitar las connotaciones negativas del término popular, empleado sobre todo por la oposición republicana.

que es anatema para el *Tea Party* y el Partido Republicano. Es paradójico que los republicanos, embarcados en una campaña contra la ACA, hayan escogido al hombre que la inspiró e implementó⁵⁶. Romney denunció la ACA como una expropiación y un asalto a la libertad, pero curiosamente: «in other times, Romney would have run on that record. But he is now fighting two campaigns: to defeat Obama and to co-opt his party's radicals, who are led by his own running mate»⁵⁷.

El éxito empresarial de Romney, que logró una mayor eficiencia empresarial eliminando puestos de trabajo, no es fácil de llevar a un público que hoy sufre una prolongada crisis económica y que eventualmente puede estar expuesto a las mismas tácticas a las que Bain Capital recurrió en el pasado. Durante su gestión en Bain, Romney transformó muchas empresas, con cambios gerenciales y la canalización de grandes sumas de dinero hacia la parte más alta de la pirámide laboral. Al mismo tiempo, su gestión cambió por completo las relaciones entre el empresariado y los trabajadores: los asalariados fueron desplazados por nuevas tecnologías y procesos que generaban ahorros en mano de obra que fueron apropiados por los accionistas, que se enriquecieron enormemente⁵⁸. Así, la idea de que Romney entendería los problemas económicos y por ello estaría en mejor aptitud de solucionar la crisis, no podía ser el objeto de la campaña electoral y por ello esta se concentró en criticar la gestión del presidente.

Estas inconsistencias entre las virtudes de Romney y la plataforma con la que se presentó son una muestra de la desconexión que existía en el Partido Republicano entre la ideología que hoy impera, articulada alrededor de Paul Ryan, y su candidato a presidente. Durante la Convención Republicana, el gobernador de Wisconsin, Scott Walker, señaló que todos sabían que Romney tenía las cualidades para ser presidente, pero que con el anuncio de Ryan como su compañero había demostrado que sería un presidente excepcional. Es una extraña forma de elogio: lo mejor de «x» es que escogió a «y»⁵⁹.

Muchos conservadores sostendrán que fueron derrotados porque Romney no era suficientemente conservador, con lo que la derrota es del candidato y no del partido. Jeb Bush, gobernador de Florida y eventual candidato a la presidencia, no está de acuerdo: «This is going to be a close election, but long-term, conservative principles,

⁵⁶ CHAIT, Jonathan. «The revolution eats its own». *The Nation*, oct. 25, 2012.

⁵⁷ COLL, Steve. Ob. cit.

⁵⁸ WALLACE-WELLS, Benjamin. «The Romney Economy». *New York Magazine*, oct. 23, 2011. Ver también: DRAPER, Robert. «A Man of many minds: The Mitt Romney who might have been». *The New York Times Sunday Magazine*, oct. 7, 2012, MM26 y ss.

⁵⁹ FREEDLAND, Jonathan. «The Republicans: Behind the barricades». *The New York Review of Books*, 59(15), oct. 11, 2012.

if they're to be successful and implemented, there has to be a concerted effort to reach out to a much broader audience than we do today»⁶⁰.

4.2. Paul Ryan y la batalla ideológica en el partido republicano

Ryan, quien fue el candidato republicano a la vicepresidencia, es un actor político mucho más interesante y consistente que Romney, y analizar su meteórico ascenso al interior del partido permitirá entender la actual crisis existencial republicana. Como muchos jóvenes conservadores, se avergüenza de los años de Bush hijo. Su verdadera batalla es por la identidad ideológica del Partido Republicano y contra colegas que solo se contentan con criticar al Ejecutivo sin proponer alternativas. Al interior del partido existe una marcada división entre los líderes más viejos y cautelosos y los miembros más jóvenes e ideologizados. Ryan es el líder de la segunda facción. A diferencia de propuestas supuestamente conservadoras como el Contrato con EE.UU. de 1994⁶¹, que no era tan ideológico como suele pensarse, y del conservadurismo compasivo de George W. Bush, la propuesta de Ryan es un plan comprensivo para reducir el Estado de bienestar y recortar radicalmente el rol del gobierno en la protección de sus ciudadanos⁶². Ryan recomendó eliminar *Medicare*, el programa gubernamental de seguro de salud para jubilados, y su reemplazo con un sistema de pagos directos a los ancianos, quienes podrían contratar seguros privados de salud. Propuso además cerrar *Medicaid*, el programa de salud pública para los pobres, ofreciendo a cambio una suma fija a los estados para su uso discrecional. Ambas propuestas le trajeron problemas al Partido Republicano el día de la elección, porque ancianos y pobres votaron masivamente por la alternativa, el presidente Obama.

Cuando fue lanzado, los intelectuales conservadores adoraron el plan Ryan, pero los republicanos en el Congreso lo rechazaron. Ryan se encontró atrapado entre la oposición del liderazgo republicano en el Congreso, y su propia creencia de que el partido no tenía una alternativa que ofrecer al presupuesto de Obama. Esta confrontación aumentó la credibilidad de Ryan entre los conservadores, convirtiéndose en el rostro de la oposición. Se alineó con el líder de la mayoría en la Cámara, Eric Cantor, y el grupo de los *Young Guns*, que se rebelaron en múltiples ocasiones contra Boehner, el líder nominal del partido.

⁶⁰ TOMASKY, Michael. «The Election I». *The New York Review of Books*, 59(17), nov. 8, 2012.

⁶¹ El *Contract with America* fue un documento preparado por el Partido Republicano en 1994, en el marco de la campaña para las elecciones congresales de medio término, que presentó un programa conservador que sería aplicado si los republicanos pasaban a controlar el Congreso.

⁶² LIZZA, Ryan. «Fussbudget. How Paul Ryan captured the G.O.P.». *The New Yorker*, ago. 6, 2012, pp. 24-32.

El bloque republicano en el Congreso se fracturó, dividido entre quienes creían que podían vencer al presidente Obama concentrándose en sus errores en el manejo económico del país y quienes querían una campaña que ofreciera el plan Ryan como un proyecto alternativo. Romney siempre pareció estar en la primera facción, pero durante las primarias se convirtió en un paladín de las ideas de Ryan⁶³, entre ellas, la oposición a cualquier incremento de la tasa impositiva, y el conservadurismo social, propugnando la reducción del gobierno federal a niveles sin precedente en la historia reciente de EE.UU.⁶⁴. Con este panorama, la elección de Ryan como candidato a la vicepresidencia fue un riesgo. Sin embargo, Romney no contaba con las suficientes credenciales conservadoras para entusiasmar a una base republicana cada vez más ideologizada, por lo que su decisión buscó movilizar al partido y unirlo en torno a su candidatura⁶⁵.

La candidatura de Ryan fue altamente polémica al interior del Partido Republicano, un reflejo de las dos facciones que lo integran. Para un amplio grupo la elección de Ryan era un potencial desastre para el partido. A muchos republicanos les preocupaba que la posición de Ryan respecto a la eliminación de *Medicare* sería un lastre muy pesado para los candidatos republicanos envueltos en elecciones reñidas para el Senado y la Cámara. Este grupo temía que incorporar el debate sobre *Medicare* en la campaña alejaría de la agenda el alto nivel de desempleo y las críticas a la conducción económica del presidente y haría evidente que Romney no contaba con un plan presupuestario viable. Sobre todo, se temía que el camino de Romney hacia la derrota se hiciera inevitable⁶⁶. Para enfrentar esos temores, a lo largo de la campaña presidencial Ryan casi no interactuó con el público: debía servir como catalizador para la base republicana ideologizada pero debía ser escondido para no ahuyentar a los moderados y los independientes. Para los demócratas, la elección de Ryan fue un error porque no era suficientemente conocido en su estado natal, Wisconsin, como para ayudar a Romney a ganar (de hecho, Romney perdió), y su posición conservadora sería un problema para atraer los votos de independientes y moderados⁶⁷.

⁶³ Ídem.

⁶⁴ COLL, Steve. Ob. cit.

⁶⁵ HAYES, Stephen F. «Man with a plan. How Paul Ryan became the intellectual leader of the Republican party». *The Weekly Standard*, vol. 17, no. 42, jul. 23, 2012.

⁶⁶ BURNS, Alexander, Maggie HABERMAN y Jonathan MARTIN. «GOP pros fret over Paul Ryan». *Político*, ago. 14, 2012.

⁶⁷ WILSON, Scott y Philip RUCKER. «The strategy that paved a winning path?». *The Washington Post*, nov. 8, 2012.

5. La candidatura demócrata

5.1. Una evaluación del primer mandato del presidente Obama

El presidente Obama recibió un país en condiciones lamentables y con una reputación internacional muy deteriorada: en 2008 se perdieron más de dos millones y medio de puestos de trabajo; el PIB se redujo en un 9%; los mercados inmobiliario, crediticio y de valores colapsaron; y la industria automotriz parecía destinada a la bancarrota. Bancos tan importantes como Lehman Brothers habían desaparecido y otros grandes bancos estaban en graves problemas. Era una crisis histórica de dimensiones globales⁶⁸.

Al mismo tiempo, EE.UU. se encontraba en el medio de una polémica guerra en Irak⁶⁹, con más de 4000 estadounidenses muertos (y más de 100 000 iraquíes) y la ruina fiscal provocada por el gasto bélico. La legitimidad internacional estadounidense fue devastada por las torturas a sospechosos de terrorismo, el espionaje ilícito en EE.UU., la prisión de Guantánamo y, en general, el unilateralismo de George W. Bush. Al Qaeda seguía siendo fuerte y hoy sabemos que su líder vivía tranquilo y seguro en Pakistán⁷⁰.

La presidencia de Barack Obama estuvo marcada por los ideales pospartidistas con los que se presentó en la arena política nacional en su discurso en la Convención Demócrata de 2004:

Now even as we speak, there are those who are preparing to divide us, the spin masters and negative ad peddlers who embrace the politics of anything goes. Well, I say to them tonight, there's not a liberal America and a conservative America; there's the United States of America. [...] The pundits, the pundits like to slice and dice our country into red states and blue States: red states for Republicans, blue States for Democrats⁷¹.

Como señala Fallows, el senador Obama describía un ideal, no una realidad operativa⁷². Pero la campaña sobre ese ideal, propugnando un cambio en la forma de hacer política tras los excesos de George W. Bush, ofreció una alternativa que el electorado aceptó masivamente. El presidente buscó unir a los bloques liberal y conservador en Washington en torno a una agenda común que fuera más allá de los intereses partidarios, lo que más que bipartidista era pospartidista. Pero desde un inicio,

⁶⁸ The Editors. «The Choice». *The New Yorker*, pp. 35-40, oct. 29 y nov.5, 2012.

⁶⁹ ISIKOFF, Michael y David CORN. *Hubris. The Inside Story of Spin, Scandal, and the Selling of the Iraq War*, Nueva York: Crown Publishing, 2007.

⁷⁰ The Editors. «The Choice».

⁷¹ Senador Barack Obama, «Keynote address at the 2004 Democratic National Convention». Boston, jul.27, 2004.

⁷² FALLOWS, James. Ob. cit.

el Partido Republicano, representante de la ideología conservadora, buscó impedir una eventual reelección presidencial mediante la sostenida oposición a las iniciativas del Ejecutivo. Como el mismo mandatario recordó en una entrevista, el republicano Mitch McConnell, líder de la minoría en el Senado, impuso un bloqueo a las iniciativas del Ejecutivo y afirmó en un discurso que su principal tarea era derrotar al presidente. De acuerdo con el presidente, dicha estrategia permitió a los republicanos tomar el control de la Cámara en 2010 pero fue mala para la gobernabilidad⁷³.

Entre las principales iniciativas del primer mandato de Barack Obama, destaca la *American Recovery and Reinvestment Act* (ARRA) de 2009, el paquete de estímulo de USD 787 millardos. Si bien fue considerado insuficiente por economistas como Joseph Stiglitz y Paul Krugman, en dólares de 2009 fue mayor que cualquiera de las medidas del *New Deal* de Franklin D. Roosevelt. Revirtió la tendencia de pérdida de empleos, reinició el curso de la economía y representó la mayor inversión pública desde el programa de carreteras interestatales del presidente Dwight Eisenhower⁷⁴. Sin embargo, costó mucho presentar el plan de estímulo como un éxito, porque si bien se previno una catástrofe económico-financiera, es sumamente difícil mostrar como un logro el que no sucediera algo.

En su reforma del sistema nacional de salud pública, el presidente logró lo que fue posible, negociando con cada uno de los sectores involucrados y llegando a un punto de equilibrio que no satisfizo a todas las partes pero que a través de la ACA logró la mayor expansión de la red de seguridad social desde la creación de *Medicaid* y *Medicare* en 1965. Ningún republicano apoyó la ley.

En materia de derechos civiles, el presidente Obama vinculó ambiciosas normas y avances de importante relevancia política con grupos que lo favorecieron en su elección y que presumiblemente harían lo propio en la reelección. Así, logró una feliz ecuación de buenas políticas públicas y buena política. Por ejemplo, impulsó la aprobación de la *Lilly Ledbetter Fair Pay Act*, que protege a mujeres, discapacitados y minorías contra la discriminación salarial; puso fin a la política «*don't ask, don't tell*» en las fuerzas armadas, que expulsaba a sus miembros que hicieran pública su homosexualidad; apoyó públicamente la demanda por el matrimonio entre personas del mismo sexo; implementó las medidas de la DREAM Act para impedir bajo ciertas condiciones la deportación de personas con situación migratoria irregular que hubieran entrado al país antes de los dieciséis años; y nombró a la Corte Suprema a dos juezas progresistas: Elena Kagan y Sonia Sotomayor.

⁷³ Transcripción de la entrevista con el presidente Barack Obama en el *Des Moines Register*.

⁷⁴ The Editors. «The Choice».

La ley Dodd-Frank de reforma de Wall Street y protección al consumidor financiero, de julio de 2010, tiene evaluaciones más contradictorias. De un lado, *The New York Times* destacó que con ella se creó el Departamento de Protección Financiera del Consumidor, se inició la reforma del mercado de derivados, y se impuso a los bancos mayores requerimientos de capital⁷⁵. De otro lado, *The Economist* la crítica por imponer a los operadores financieros una carga regulatoria inmanejable, no atacar los problemas principales de la crisis —como por ejemplo el rol de Fannie Mae y Freddie Mac, entidades gubernamentales de crédito para vivienda que fueron objeto de algunos de los mayores salvatajes en 2008—, establecer lineamientos regulatorios en lugar de establecer normas, y replicar esfuerzos que ya se habían logrado en otros ámbitos —como los ya citados requerimientos de capital, previstos en Basilea III, acuerdo que es parte de un régimen internacional de supervisión bancaria—⁷⁶.

Si bien hubo avances modestos en la lucha contra el cambio climático, una bandera demócrata consagrada por Al Gore, excandidato a la presidencia, y que hoy no es una prioridad política para los estadounidenses⁷⁷, hay que destacar el nuevo estándar que exige mayores niveles de eficiencia en el uso del combustible en automóviles, que obliga a rendimientos 100% mayores para 2020. Asimismo, como parte del paquete de estímulo se invirtió en industrias como la energía ecológica, biocombustibles y la automotriz eléctrica⁷⁸.

La relación del presidente Obama con los empresarios, especialmente los más exitosos, fue muy ambigua. Su presidencia fue sumamente beneficiosa para los más ricos: en contra de la opinión de economistas como Krugman y Stiglitz, se opuso a nacionalizar los bancos salvados por el *Troubled Asset Relief Program* (TARP), aprobado en el gobierno de Bush hijo pero implementado en buena parte durante la administración Obama; a fines de septiembre de 2012 el S&P500, el índice bursátil más representativo de la economía estadounidense, había aumentado hasta quedar a solo 6,9 puntos porcentuales de su máximo histórico del 9 de octubre de 2007; el 93% de las ganancias durante la recuperación del bienio 2009-2010 beneficiaron al 1% más rico del país; el 0,01% más rico captó el 37% del total de la recuperación, con un aumento de 20% de sus ingresos per cápita, para un total de USD 4,2 millones de beneficio cada uno⁷⁹.

⁷⁵ «Barack Obama for Re-election». *The New York Times*, oct. 28, 2012, p. SR12.

⁷⁶ «The Dodd-Frank Act: Too big not too fail». *The Economist*, feb. 18, 2012, p. 22-24.

⁷⁷ THE PEW RESEARCH CENTER. *Trends in American Values*, p. 20.

⁷⁸ BRODER, John M. «After Federal Jolt, Clean Energy Seeks New Spark». *The New York Times*, oct. 24, 2012, p. F2.

⁷⁹ Cifras presentadas en FREELAND, Chrystia. «Super Rich Irony». *The New Yorker*, oct. 8, 2012, pp. 44-51.

Sin embargo, la retórica del presidente Obama, criticando la inequidad en la distribución de la riqueza y demandando mayores impuestos para el 2% de contribuyentes que más ganan, fue recibida como una declaración de guerra de clases. Barack Obama parecería encontrar una contradicción entre que los empresarios ganen dinero y creen empleo⁸⁰. Además, mostró poco interés en interactuar con billonarios que potencialmente pudieron haber apoyado su candidatura, una de las críticas que recibió al interior del Partido Demócrata, incluyendo la del expresidente Clinton⁸¹.

Con todo, las declaraciones del presidente se dieron en el contexto de una campaña de demolición del candidato republicano, recordando su pasado en Bain donde las ganancias empresariales, si bien se debieron a una mayor eficiencia, tuvieron como costo la pérdida de miles de empleos. Para una declaración explícita de las ideas del presidente sobre los empresarios es útil volver a su discurso inaugural en 2009:

Nor is the question before us whether the market is a force for good or ill. Its power to generate wealth and expand freedom is unmatched. But this crisis has reminded us that without a watchful eye, the market can spin out of control. The nation cannot prosper when it favors only the prosperous⁸².

Dicho pasaje muestra la tensión entre su declaración de apoyo a la economía de mercado y su compromiso igualitarista y progresista. Como en muchos aspectos de su carrera política, el presidente Obama es difícil de ubicar en esquemas dicotómicos. Pese a las críticas conservadoras a su supuesto radicalismo de izquierda y su aversión a la riqueza, durante su gobierno la carga impositiva federal total se ha reducido⁸³. Además, el presidente era consciente del impacto que algunas de sus medidas más ambiciosas tendrían en los grupos empresariales, por lo que buscó conciliarlas con diversos grupos de interés. Por ejemplo, su programa contra el cambio climático afectaría a las empresas petroleras, la reforma de la salud pública a las aseguradoras, y la reforma financiera a los bancos, por lo que procuró que las inquietudes de esas industrias fueran transmitidas a su despacho y tomadas en cuenta en el diseño de las respectivas iniciativas legislativas⁸⁴.

Entre los aspectos negativos de la administración Obama, se abandonó las recomendaciones de la comisión bipartidista Simpson-Bowles que instaló para estudiar cómo enfrentar el problema fiscal. Peor aún, se aisló del Congreso y de los líderes

⁸⁰ «The war over class war». *The Economist*, jun. 2, 2012, p. 42.

⁸¹ MAYER, Jane. «Schmooze or lose». *The New Yorker*, ago. 27, 2012.

⁸² Presidente Barack Obama, «Inaugural Address». Washington D.C., ene. 20, 2009.

⁸³ Este último punto lo presenta en un medio eminentemente conservador un articulista desencantado con el extremismo del Tea Party y la deriva del Partido Republicano: LOFGREN, Mike. «Revolt of the rich». *The American Conservative*, sep. 2012.

⁸⁴ LIZZA, Ryan. Ob. cit., p. 43.

empresariales del país, rodeándose de un reducido círculo personal que se mostró lejano y arrogante (pensemos en la figura divisiva y sectaria de Rahm Emanuel, su primer jefe de Gabinete). A menudo el presidente se enfrentó innecesariamente a los empresarios, tratándolos más como obstáculos que como aliados⁸⁵. Asimismo, subestimó la severidad de la recesión y con ello el tamaño de la respuesta que se requería —el estímulo— y mantuvo demasiado tiempo su visión pospartidista, incluso ante una oposición radicalizada que había declarado que su objetivo era impedir su reelección.

Está también la sombra del aumento sostenido del número de asesinatos de supuestos terroristas, especialmente a través de los vehículos aéreos no tripulados (los llamados *drones*). Como señala Danner, el presidente Obama ha sustituido las salas de torturas de Bush hijo por asesinatos selectivos. A ello debe añadirse el empleo de las políticas de seguridad nacional que heredó de su predecesor, como las escuchas sin autorización judicial, las comisiones militares y la detención indefinida; su negativa a investigar y sancionar las torturas de la administración anterior; y el no cerrar Guantánamo, la prisión en Cuba donde se retiene a sospechosos de diversos delitos sin procesarlos judicialmente. Dichas decisiones han decepcionado a grupos activistas por los derechos humanos, pero han permitido que el presidente se blindara en asuntos de seguridad, convirtiéndose en el primer presidente demócrata desde Truman en enfrentar una reelección sin vulnerabilidades en seguridad nacional⁸⁶. Las diferencias con la administración Bush se basan en la sensación de legitimidad detrás de sus decisiones, lo que puede verse en la siguiente sección de este trabajo.

En retrospectiva, el presidente Obama intentó aprobar su agenda mientras sostenía una popularidad suficiente para ser reelecto. Si bien no logró cambiar la política en Washington, sus dos primeros años de gobierno son uno de los periodos legislativos más exitosos en la historia reciente: se salvó la economía de una recesión, se aprobó una ambiciosa ley sanitaria, y se inició la reforma del mercado financiero⁸⁷.

⁸⁵ Editorial Board, «Washington Post endorsement: Four more years for President Obama». *The Washington Post*, oct. 26, 2012.

⁸⁶ DANNER, Mark. «The Politics of Fear». *The New York Review of Books*, 59(18), nov. 22, 2012. Un reportaje sobre la materia que explica muy bien los constreñimientos estratégicos detrás de la defensa de prácticas ilícitas para fines de seguridad nacional: BECKER, Jo y Scott SHANE. «Secret 'Kill List' Proves a Test of Obama's Principles and Will». *The New York Times*, may. 29, 2012, p. A1. David COLE publicó tres artículos críticos sobre las acciones de la administración Obama contra el terrorismo en *The New York Review of Books*: «After September 11: What We Still Don't Know» (58[14], sep. 29, 2011); «Killing Our Citizens Without Trial» (58[18], nov. 24, 2011); y «Obama and Terror: The Hovering Questions» (59[12], jul. 12, 2012).

⁸⁷ LIZZA, Ryan. Ob. cit., p. 49.

5.2. La política exterior del presidente Obama

Richard Haass, presidente del *Council of Foreign Relations*, afirma que la pugna entre realistas e idealistas es una línea divisora fundamental en el debate de política exterior estadounidense⁸⁸. Con dicha idea, recordemos la doctrina Bush, explicada por Robert Jarvis en 2003:

The doctrine has four elements: a strong belief in the importance of a state's domestic regime in determining its foreign policy and the related judgment that this is an opportune time to transform international politics; the perception of great threats that can be defeated only by new and vigorous policies, most notably preventive war; a willingness to act unilaterally when necessary; and, as both a cause and a summary of these beliefs, an overriding sense that peace and stability require the United States to assert its primacy in world politics⁸⁹.

La implementación de esta agenda eminentemente idealista llevó a un serio deterioro de la imagen y el prestigio internacionales de EE.UU. Como explican Tucker y Hendrickson, la conducción tradicional de la política exterior estadounidense se basaba en la búsqueda de la legitimidad para justificar sus acciones, vínculo que se abandonó a partir de 2000⁹⁰. El prematuro premio Nobel de la Paz que el presidente Obama recibió en 2009 sería así un testimonio del rechazo que generó la política exterior de George W. Bush y la mala reputación de EE.UU. en la sociedad internacional⁹¹.

La administración Obama avanzó en recuperar esa legitimidad perdida. Para lograrlo, el presidente se concentró en abandonar progresivamente la distorsión funcional de definir la política exterior en términos de seguridad y procuró recurrir al multilateralismo cuando fuera posible. Esta nueva política exterior fue presentada en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2010. Su aspecto más relevante es el llamado pivote hacia el Pacífico, región en la cual EE.UU. ha procurado fortalecer los lazos económicos y militares con varias naciones del sudeste asiático y Oceanía en un esfuerzo por balancear el poder chino⁹².

⁸⁸ Al respecto, ver el capítulo 2 de KISSINGER, Henry. *Diplomacy*, Nueva York: Simon & Schuster, 1994.

⁸⁹ JERVIS, Robert. «Understanding the Bush Doctrine». *Political Science Quarterly*, vol. 118, no. 3, otoño de 2003, pp. 365-388.

⁹⁰ TUCKER, Robert W. y David C. HENDRICKSON. «The Sources of American Legitimacy». *Foreign Affairs*, vol. 83, no. 6, nov./dic. 2004, pp. 18-32.

⁹¹ The Editors. «The Choice», p. 36.

⁹² Sobre las relaciones de EE.UU. con China a la luz del pivote, ver los recientes artículos publicados en *Foreign Affairs*: NATHAN, Andrew J. y Andrew SCOBELL. «How China sees America» y FRIEDBERG, Aaron L. «Bucking Beijing» (ambos 91[5], sep./oct. 2012); y ROSS, Robert S. «The problem with the pivot» (91[6], nov./dic. 2012).

Una de sus promesas electorales fue establecer canales de comunicación con líderes de países hostiles a EE.UU., lo que en ocasiones requirió abandonar la bandera de la promoción de la democracia y los derechos humanos, que había sido deslegitimada por la «agenda de la libertad» de Bush hijo en el Próximo Oriente. Pero tras los eventos de Túnez, que llevaron a una serie de revueltas contra gobiernos autoritarios en diversos países del Magreb y el Próximo Oriente, la democracia en la región se convirtió en uno de los asuntos fundamentales de la agenda exterior estadounidense. Su conducción de las operaciones en Libia fue sumamente exitosa si se tiene en cuenta el manejo de los recursos humanos y militares: se logró el apoyo internacional para apoyar a la insurrección libia bajo la bandera de la protección a los civiles, lo que le dio legitimidad a la intervención, mientras se redujo la participación estadounidense⁹³.

En lugar de un presunto idealismo cooperativo, el presidente Obama aplicó preceptos realistas sobre el uso prudente del poder⁹⁴. En lugar de recurrir a grandes guerras de ocupación, su política antiterrorista se concentró en el asesinato selectivo de líderes de Al Qaeda a manos de equipos de operaciones especiales y mediante el empleo de *drones*, a la par que ponía fin a las guerras en Irak y Afganistán. Estas operaciones trajeron sus mayores logros en la opinión pública, pese a las críticas contra sus métodos. Destaca especialmente la ejecución de Osama bin Laden, el líder de la organización terrorista Al Qaeda:

And very quickly upon taking office as president, Obama reoriented the war. He discarded the idea of a ‘global war on terror’ that conflated all terror threats from al-Qaida to Hamas to Hezbollah. Obama replaced it with a covert, laserlike focus on al-Qaida and its spawn. [...] Bush, having gradually expanded his definition of the war to include all Islamic ‘extremists’, had condemned the United States to a kind of permanent war, one that Americans had to fight all but alone because no one else agreed on such a broadly defined enemy. [...] In Obama’s view, only by focusing narrowly on true transnational terrorism, and winning back all of the natural allies that the United States had lost over the previous decade, could he achieve America’s goal of uniting the world around the goal of extinguishing al-Qaida⁹⁵.

⁹³ «Barack Obama for Re-election». *The New York Times*, oct. 28, 2012, p. SR12.

⁹⁴ Sin embargo, mantener la presencia de la coalición de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en Afganistán es inconsistente con el abandono del Próximo Oriente por el sudeste asiático. Ello no es un juicio sobre cuán prioritaria es la operación en Afganistán, sino una apreciación de que no calza con el giro hacia el sudeste asiático y no se ajusta a la nueva política exterior estadounidense. Para el asunto afgano —y paquistaní— ver: PACKER, George. «The Last Mission». *The New Yorker*, sep. 28, 2009.

⁹⁵ HIRSH, Michael. «Obama’s War». *The National Journal*, may. 7, 2012. El presidente cumplió además una de sus promesas de la campaña de 2008, planteada el 7 de octubre en el segundo debate con John McCain: «*And if we have Osama bin Laden in our sights and the Pakistani government is unable or unwilling to take them out, then I think that we have to act, and we will take them out. We will kill bin Laden. We will crush al-Qaida*». Énfasis añadido.

Adicionalmente, la cooperación con Israel en el desarrollo de Struxnet, un virus informático dirigido al programa nuclear iraní, convirtió a EE.UU. en el primer país en atacar a otro a través del ciberespacio. El presidente logró así conciliar la demanda de seguridad con una redefinición de la política exterior de su país, mostrándose más agresivo de lo que la opinión pública suponía⁹⁶ y manteniendo un discurso idealista mientras actuaba como un realista⁹⁷. Véase por ejemplo su discurso en la entrega del Premio Nobel de la Paz:

I do not bring with me today a definitive solution to the problems of war. What I do know is that meeting these challenges will require the same vision, hard work, and persistence of those men and women who acted so boldly decades ago. And it will require us to think in new ways about the notions of just war and the imperatives of a just peace.

We must begin by acknowledging the hard truth: We will not eradicate violent conflict in our lifetimes. There will be times when nations—acting individually or in concert—will find the use of force not only necessary but morally justified.

So yes, the instruments of war do have a role to play in preserving the peace. And yet this truth must coexist with another—that no matter how justified, war promises human tragedy. [...] But war itself is never glorious, and we must never trumpet it as such⁹⁸.

El presidente Obama enfatizó la eficiencia burocrática antes que la ideología, aproximándose a los problemas de política exterior caso a caso, sin principios inflexibles, decidiendo las respuestas a cada amenaza o crisis según sus propios elementos. Por ello, a diferencia de su antecesor, no tiene una doctrina propia. Más bien ha sido renuente a articular una gran síntesis para su política exterior. La única faceta constante ha sido que EE.UU. debe actuar más humildemente en el mundo. Su estrategia de *leading from behind* ofreció una redefinición de lo que significa el liderazgo estadounidense, producto de dos creencias que no ha hecho explícitas: el poder relativo de EE.UU. está declinando mientras el de sus rivales crece, y la imagen de EE.UU. es sumamente negativa en muchas partes del mundo⁹⁹.

¿Cómo evaluar entonces su política exterior?¹⁰⁰ Como en todo balance, hay aspectos negativos. Entre ellos, el deterioro de las relaciones con Israel (aunque habría que evaluar también la responsabilidad de su interlocutor, Benjamin Netanyahu) y Pakistán, la indefinición de la situación en Afganistán, la imposibilidad de encontrar

⁹⁶ Para esta sección, LIZZA, Ryan. «The Second Term», pp. 54-55.

⁹⁷ LIZZA, Ryan. «The Consequentialist». *The New Yorker*, may. 2, 2011.

⁹⁸ OBAMA, Barack H. «A Just and Lasting Peace», Nobel Lecture, Oslo, dic. 10, 2009.

⁹⁹ LIZZA, Ryan. «The Consequentialist».

¹⁰⁰ Para esta sección: FALLOWS, James. «Obama, Explained».

una salida al conflicto sirio, y los resultados ambiguos de las sanciones económicas a Irán *vis-à-vis* los avances en el programa nuclear iraní. Pero hay aspectos positivos que exceden largamente a los negativos. Entre ellos: una salida ordenada de Irak, resistirse a las voces que piden un escalamiento en Afganistán, la contención de la indignación paquistaní por la operación en la que se asesinó a bin Laden, su apoyo a la Primavera Árabe sin comprometerse en las respectivas transiciones, su gestión de la coalición internacional en Libia, su apoyo a Europa en la gestión de la crisis económica mientras mantenía la economía estadounidense aislada de sus efectos negativos, y una cierta mejoría en el diálogo con China.

La estrategia seguida con China es una muestra de la capacidad de los gestores de su política exterior. Cuando se inició su mandato, altos funcionarios como los secretarios de Estado, Hillary Clinton; del Tesoro, Tim Geithner; y de Defensa, Robert Gates, enfatizaron que EE.UU. daba la bienvenida al ascenso chino. Ello habría llevado a que el gobierno chino se sintiera fortalecido e iniciara una serie de enfrentamientos navales con varios de sus vecinos, como Japón, Corea del Sur, Vietnam y Filipinas, mientras proclamaba su supremacía en el mar del Sur de China y el océano Pacífico; y que antagonizara a sus socios comerciales como Rusia, Myanmar y Australia con prácticas agresivas y reclamos. Mientras tanto, EE.UU. fortalecía sus relaciones con cada uno de esos países, con dos mensajes: la salida estadounidense del Próximo Oriente le permitiría concentrarse en la región, que tiene el mayor crecimiento económico en el mundo, y EE.UU. sería un poder regional más benevolente que China. Así, si bien las relaciones con China continúan oscilando entre la cooperación y la tensión, las relaciones de EE.UU. con los otros países de la región están en varios casos en su mejor momento, a la par que ha afianzado su poder en la región.

5.3. Barack Obama, el pragmático

Se ha señalado a menudo que el presidente Obama es pragmático, por oposición a ideológico. Esta caracterización fue acuñada en un artículo en el cual se explicaba que en la jerga de Washington pragmático quiere decir pospartidista, i.e. no ideológico¹⁰¹. Si bien todos los individuos tienen en mayor o menor grado alguna ideología que ofrece respuestas y constituye el límite para el pragmatismo, es sostenible que el primer gabinete del presidente Obama, centrista y amigable con el *establishment*, buscaba aprovechar su amplio capital político para cooptar al sistema político y acercarlo al centro, induciéndolo a asumir el cambio en la gobernabilidad que ofreció en su campaña de 2008. En síntesis, buscaba ser una presidencia transformadora.

¹⁰¹ HAYES, Christopher. «The Pragmatist». *The Nation*, dic. 10, 2008.

En esa línea, cabía preguntarse si ese presidente pragmático merecía ser reelecto. De un lado, están los logros incompletos, típicos de una política centrista y conciliadora que rechace los extremos ideológicos: la salida de Irak, la reforma sanitaria, la *Lilly Ledbetter Fair Pay Act*, los avances en regulación bancaria y protección al consumidor, y los nombramientos progresistas a la Corte Suprema que han permitido balancear su sesgo conservador. Del otro, el malestar de los progresistas decepcionados con lo que consideran avances modestos en asuntos sociales y civiles, y la oposición de los conservadores¹⁰². Con la reelección, los votantes decidieron que el pragmatismo, que es empírico, busca la cooperación y se arriesga a experimentar, es una virtud del presidente Obama. Pese a la propaganda conservadora, puede decirse que Barack Obama es, antes que un intelectual progresista, un centrista como Bill Clinton¹⁰³.

Al contemplar el obstruccionismo republicano en el Congreso, el presidente Obama se rehusó a demonizar a la oposición extremista. Aparentemente ha sido reelecto por el contraste que plantea su visión más conciliadora. En ese sentido, siempre fue consistente y explícito con su pragmatismo, su buena disposición a intentar aquello que funcionase, su reconocimiento de que la otra parte podía tener razón. De hecho, en su afán conciliador muchas veces se encontró posicionado a la derecha de la base demócrata. Por ejemplo, durante la transición de 2008 enfatizó que el principal problema en el país era el déficit de largo plazo, y que se oponía solo a las «guerras tontas», no a todas las guerras. Ambas son posturas muy alejadas del ideario progresista¹⁰⁴. Antes de ser reelecto, el presidente reafirmó este perfil pragmático y opuesto a las ideologías partidistas:

We can start on some things that really historically have not been ideological. We can start looking at a serious corporate tax reform agenda that's revenue-neutral but lowers rates and broadens the base —something that both Republicans and Democrats have expressed an interest in¹⁰⁵.

Las principales iniciativas del presidente Obama gozaban de un historial bipartidista que debió hacerle pensar que podrían ser aprobadas con relativa facilidad. Por ejemplo, su plan de salud pública fue diseñado e implementado en Massachusetts por Romney cuando fue el gobernador de ese estado; su política para combatir el cambio climático fue lanzada en el gobierno de George H.W. Bush; y el estímulo fiscal tenía el apoyo tanto de economistas liberales y conservadores para prevenir una recesión¹⁰⁶.

¹⁰² CORMIER, Harvey. «Reconsidering Obama the pragmatist». *The New York Times*, The Stone blog, oct. 14, 2012.

¹⁰³ COHEN, Patricia. «In writings of Obama, a philosophy is unearthed». *The New York Times*, oct. 28, 2010, p. C1.

¹⁰⁴ SPRUNG, Andrew. «A lover of fairy tales casts Obama as villain-in-chief». Xpostfactoid blog, aug. 7, 2011.

¹⁰⁵ Transcripción de la entrevista con el presidente Barack Obama en el *Des Moines Register*. Énfasis añadido.

¹⁰⁶ LIZZA, Ryan. «The Obama Memos», p. 38.

Ello explicaría por qué impulsó dichas iniciativas, esperando que pudieran progresar con el apoyo de ambos partidos.

El presidente siempre fue visto como un idealista liberal, pero una revisión de sus antecedentes políticos da otra impresión. Sus campañas en las primarias de 2007-2008 contra Hillary Clinton y en las presidenciales de 2012 contra Romney, se basaron en ataques personales, sin concentrarse en los asuntos políticos¹⁰⁷. Clinton fue presentada como mentirosa y poco fiable, un símbolo de la politiquería de Washington que el candidato Obama se comprometía a cambiar. Romney fue presentado como un plutócrata sin ningún contacto con la realidad, que se había enriquecido a costa de los trabajadores. El 19 de junio de 2008 se convirtió en el primer candidato a presidente desde 1976 en rechazar fondos públicos, que buscaban prevenir la influencia potencialmente corruptora de las contribuciones privadas: mientras su adversario, John McCain, permaneció en el sistema y se limitó a los USD 84 millones que le dio el gobierno, Barack Obama no tuvo ningún límite a cuánto dinero pudo recaudar y gastar.

Respecto al estímulo fiscal, hubo una tensión entre la evaluación de la gravedad de la crisis financiera, que invitaba a un gasto público gigantesco para prevenir la recesión, y la evaluación del impacto del estímulo en los gravísimos déficits presupuestarios. Desde 2009 algunos economistas han sostenido que el estímulo fue muy pequeño, mientras allegados a la Casa Blanca rebaten que un montante mayor no habría sido aprobado por el Congreso. El estímulo fue el primer experimento para comprobar la teoría del presidente de que la política se juega en el centro, y la habilidad del Partido Republicano para definirlo como un liberal a ultranza. El programa de estímulo fue de un montante de USD \$787 millardos y solo contó con tres votos republicanos en el Senado. Fue la primera señal de que los congresistas republicanos tenían poco interés en encontrarse con el presidente en el centro del espectro político. Retrospectivamente, debe repararse en la implacable oposición republicana a prácticamente todo lo que propusiera el presidente. No existen precedentes para ello en la historia contemporánea de la política estadounidense; el gobierno perdió operatividad y en muchos momentos no pudo funcionar adecuadamente¹⁰⁸.

A menudo se arguye que cuando los demócratas tuvieron sesenta votos en el Senado, lo que les permitía impedir un bloqueo republicano, el presidente no impulsó sus iniciativas legislativas de mayor calado. Ello ignora la vocación pospartidista del presidente Obama, que él presentaba como una solución para un sistema político cada vez más disfuncional; y que para los asuntos más trascendentales nunca contó con la totalidad de los votos demócratas: al menos tres senadores eran conservadores

¹⁰⁷ *Ibíd.*, p. 39.

¹⁰⁸ DREW, Elizabeth. «The Election I». *The New York Review of Books*, nov. 8, 2012, vol. 59, no. 17.

o temían no ser reelectos, así que siempre se debía ganar el voto de al menos un par de republicanos¹⁰⁹. De hecho, varios demócratas y los tres republicanos que votaron a favor del estímulo se quejaron de que fue excesivo¹¹⁰.

Cuando los republicanos iniciaron su ataque contra la presidencia, afirmando que las políticas del mandatario implicaban demasiado gasto, impuestos muy altos y un endeudamiento excesivo, el presidente adoptó un rol transaccional antes que transformador, un poco en el molde del facilitador del cambio. Ello reflejaba una tensión entre su determinación por lograr que se aprobara su agenda legislativa y sus intenciones de mantener su reputación reformista. Siempre procuró ser visto como cuidadoso con el presupuesto, buscando en qué se podía ser más eficiente con el gasto público. Su moderación, su cuidado con los grupos de interés, o los recortes a programas liberales, no consiguieron atraer a los republicanos. Tras el fracaso en las negociaciones sobre un gran acuerdo fiscal el presidente pasó de intentar cambiar la opinión pública desde el estrado de la Casa Blanca a aceptarla, aprendiendo así que no era tan poderoso¹¹¹.

Si el presidente hubiera seguido intentando vencer al partidismo en lugar de dar un mayor impulso a sus iniciativas legislativas, no habría podido aprobar ninguno de sus programas. Por ejemplo, la ley de reforma sanitaria estaba bloqueada por la oposición republicana en el Senado, por lo que debió ser aprobada mediante un procedimiento de excepción para asuntos presupuestales, la reconciliación legislativa. La mayor iniciativa legislativa en salud pública desde la década de 1960 no contó con un solo voto republicano. En 2010 los republicanos pasaron a controlar la Cámara y aumentaron su presencia en el Senado, dejando al presidente sin posibilidades de proponer iniciativas legislativas. A partir de entonces, la administración Obama se concentró en la política exterior, como es habitual en el segundo bienio de los mandatos presidenciales estadounidenses. Cuando el Partido Republicano tomó el Congreso, la agenda doméstica del presidente terminó. Si bien inició su gobierno como un director transformador, terminó gobernando como un facilitador del cambio, exactamente como sus antecesores artífices de reformas ambiciosas.

6. Las estrategias de la campaña de 2012

Si atendemos a aspectos coyunturales y los comparamos con la historia de las elecciones estadounidenses, la reelección del presidente Obama era virtualmente imposible: en los últimos 64 años solo seis presidentes se lanzaron a la reelección con una tasa

¹⁰⁹ Ídem.

¹¹⁰ FALLOWS, Steve. «Obama, Explained».

¹¹¹ Para esta sección, LIZZA, Ryan. «The Obama Memos». Ver la sección sobre el poder presidencial en ese mismo artículo.

de desempleo mayor al 6%, y cinco perdieron (la excepción fue Reagan). Desde 1948 ha habido 82 meses con una tasa de desempleo mayor al 8%, y 43 de esos meses se dieron durante la administración Obama —más que las once administraciones anteriores combinadas—¹¹².

Ante dicho escenario, la estrategia de la campaña demócrata se sustentó en el abandono del lema de 2008 («esperanza y cambio») para iniciar una serie masiva de anuncios que presentaran a Romney como un ejecutivo sin sentimientos¹¹³, y la puesta en funcionamiento la extensa red de voluntarios que organizó el exitoso trabajo de campo de la elección anterior. Dicha red había sido desactivada durante el mandato presidencial, pero a lo largo de 2011 el comando de campaña dedicó todos sus esfuerzos a revivirla.

Sin la clara ventaja presupuestaria que tuvo contra McCain, y por decisión estratégica, la de 2012 no se pareció en nada a la campaña expansiva de 2008, concentrándose esta vez en el micromarketing. La gran preocupación de los demócratas fue que las grandes cantidades de dinero que Romney recibiría a través de los grupos paralelos al Partido Republicano, los *super PAC*, sirvieran para lanzar una campaña desgastante que requiriera muchos fondos para ser combatida. Sin embargo, la demora en la nominación republicana permitió que el equipo del presidente Obama pudiera concentrar sus gastos en la preparación de la campaña en lugar de tener que responder a embates propagandísticos de su opositor. Lo que no sabían era que para abril de 2012, cuando Romney al fin se consolidó como el candidato republicano, no tenía fondos para una campaña desgastante contra el presidente: había gastado casi la totalidad de los USD 100 millones que había recaudado y no podría disponer de los fondos del partido hasta la convención republicana de agosto¹¹⁴.

La campaña de Obama decidió como su primera estrategia destinar el 20% de su presupuesto total a una serie de avisos televisivos atacando a Romney. La idea era definir negativamente al candidato temprano en la campaña, cuando estaba recuperándose de unas primarias agotadoras. Dicha estrategia ya había sido empleada exitosamente en las reelecciones de Richard Nixon en 1972 contra George McGovern, Bill Clinton en 1996 contra Bob Dole, y George W. Bush en 2004 contra John Kerry¹¹⁵. Romney se convirtió en el primer candidato presidencial en las últimas siete elecciones presidenciales en llegar al mes de septiembre, sesenta días antes de la elección, con una opinión desfavorable mayor a la favorable¹¹⁶.

¹¹² BAI, Matt. «Is there life after Mitt?». *The New York Times Magazine*, oct. 9, 2012, pp. MM30 y ss.

¹¹³ SMITH, Ben y Jonathan MARTIN. «Obama plan: Destroy Romney». *Politico*, ago. 9, 2011.

¹¹⁴ WILSON, Scott y Philip RUCKER. Ob. cit.

¹¹⁵ LIZZA, Ryan. «The Final Push». *The New Yorker*, oct. 29, 2012, (pp. 62-69), pp. 62-63.

¹¹⁶ Ver cuadro en THE PEW RESEARCH CENTER FOR THE PEOPLE & THE PRESS. *Presidential Race Dead Even; Romney Maintains Turnout Edge*, Washington D.C., oct. 29, 2012, p. 12.

La segunda estrategia, y la más importante, fue establecer una red de voluntarios que se asegurara de que los electores fueran a votar. Para ello se debía contactar personalmente a los electores. Dicha estrategia es parte de un giro que se inició en 2000. Dado que los votantes indecisos son ideológicamente incoherentes, i.e. no son consistentemente liberales o conservadores, es muy difícil preparar un mensaje de campaña para ellos. En 2000 la evaluación de los analistas fue que Al Gore casi venció a George W. Bush porque se concentró en movilizar a sus votantes en lugar de intentar persuadir a los independientes. Desde entonces, ambos partidos se han obsesionado con programas de movilización del voto¹¹⁷.

La campaña de 2008 se distinguió por su organización y tamaño, lo que permitió que el senador Obama atrajera votos en números sin precedentes. Estos nuevos votantes, especialmente los afroamericanos, los latinos, los jóvenes y los blancos con alto nivel educativo, constituyen los cuatro pilares del Partido Demócrata contemporáneo, y prefirieron a Obama sobre McCain por 71% a 27%. La enseñanza de esa elección fue la constatación de que la manera más efectiva de llegar a un potencial votante no son los anuncios de televisión ni la distribución de volantes, sino el contacto entusiasta de un ser humano. No importa cuánto dinero tenga la campaña, ese entusiasmo no puede comprarse. Se ha dado una verdadera revolución en la movilización del voto, a través de la innovación tecnológica y la experimentación, al punto que hoy esa es la parte fundamental de la campaña¹¹⁸.

Es cierto que un excelente trabajo de campo no puede compensar una mala coyuntura o un mal candidato. Pero estas técnicas innovadoras ofrecen importantes diferencias marginales que son altamente relevantes en elecciones muy competitivas, como fue la de 2012. En las últimas semanas de su campaña, Romney concentró sus esfuerzos en una batería de anuncios televisivos. El equipo del presidente más bien redobló sus esfuerzos en el trabajo de campo, con el beneficio de contar con una maquinaria muy eficiente que ya tenía la experiencia y la información de la elección de 2008. Como recuerda Surowiecki: «Romney will likely spend more and buy more ads, but that may not matter if Obama ends up with more knocks on the door»¹¹⁹. Eso es exactamente lo que sucedió en 2012.

Este giro en los objetivos de campaña, dejando de lado los intentos de persuadir a los independientes para concentrarse en la movilización de los votantes, es explicado por Green y Gerber, quienes concluyen que la mejor manera de movilizar a los votantes

¹¹⁷ LIZZA, Ryan. «The Final Push», p. 66.

¹¹⁸ Portodos: ISSENBERG, Sasha. *The Victory Lab. The Secret Science of Winning Campaigns*. Nueva York: Crown Publishers, 2012.

¹¹⁹ SUROWIECKI, James. «Calculating Campaigns». *The New Yorker*, sep. 24, 2012, p. 38.

es la presión social¹²⁰. Pese a ser contraintuitivo, no existe evidencia de que el mensaje que se comunica tenga alguna importancia, ni que las miles de llamadas telefónicas y cientos de anuncios televisivos ganen votos. La decisión de votar es poderosamente afectada cuando se coloca a los potenciales votantes en un entorno social que los lleve a participar en la elección. El equipo Obama, a través de su red de voluntarios se dirigió con suma eficiencia a potenciales electores que nunca habían sido urgidos a participar en las elecciones, logrando así aumentar el electorado con votos demócratas. Esa es la clave de sus dos victorias electorales liderando una coalición de minorías.

Romney cometió un error al concentrar su campaña en el mensaje de que el presidente Obama había fracasado en su manejo de la economía, porque si esta mejoraba no tendría argumentos que presentar. La imagen de una mejora en la economía, que dejaba sin contenido la campaña republicana, fue confirmada cuando en la semana previa a la elección la Oficina de Estadísticas de Empleo publicó su reporte de octubre, concluyendo que el desempleo se había mantenido en 7,9%, consolidando la mejoría presentada el mes previo. Durante los treinta y dos meses anteriores a la elección hubo un incremento en el número de empleos, si bien, como destacó Romney, el número total de empleados al final del mandato del presidente Obama es virtualmente el mismo que al comienzo¹²¹.

Al respecto, durante la campaña cobró mucha relevancia un estudio de Reinhart y Rogoff, profesores de Harvard, que comparaba diversas crisis financieras, poniendo en contexto el desempleo en EE.UU.¹²². A partir de dicha información, concluyeron que las crisis financieras casi siempre son especialmente desastrosas, y que comparativamente el efecto en el mercado laboral de la crisis de 2007 ha sido más bien leve. Eso evidentemente es de poco consuelo para los miles de desempleados, pero permite una evaluación más completa de la política económica del presidente Obama.

La estrategia de Romney de convertir la elección en un referendo sobre la política económica del presidente no funcionó. Más de la mitad de los votantes señalaron que la economía era su preocupación principal, y entre ellos Romney venció 51% a 47%. Sin embargo, Romney perdió la elección porque esta se convirtió en un debate sobre quién comprendía mejor a los votantes y sus inquietudes. Entre el 20% de la población para la que ello es muy importante, el presidente venció por 82% a 17%¹²³.

¹²⁰ GREEN, Donald P. y Alan S. GERBER. *Get out the Vote*.

¹²¹ Ver los cuadros presentados en WHORISKEY, Peter y Neil IRWIN. «Job growth, unemployment rose in October as workers re-entered labor force». *The Washington Post*, nov. 3, 2012, y el editorial «Jobs Are Growing, not Estagnating». *The New York Times*, nov. 3, 2012, p. A22.

¹²² REINHART, Carmen M. y Kenneth S. ROGOFF. «This Time Is Different: A Panoramic View of Eight Centuries of Financial Crises», NBER Working Paper Series, Working Paper No. 13882, Cambridge, MA: National Bureau of Economic Research, mar. 2008.

¹²³ CILLIZZA, Chris. «What the 2012 election taught us». *The Washington Post*, The Fix blog, nov.7, 2012.

Un gran problema para Romney es que no pudo dar marcha atrás en acciones que le restaron los votos que necesitaba para poder lograr una mayoría. No pudo desvincularse de una propuesta fiscal diseñada por la extrema derecha de su partido, y que fue lanzada por su candidato a la vicepresidencia. No pudo retirar su apoyo a las duras normas sobre inmigración en Arizona, ni sus declaraciones sobre la autodeportación, que consistía en hacer tan difícil la vida de los residentes con situación migratoria irregular que decidieran abandonar el país. Y su columna en *The New York Times* pidiendo que el gobierno dejara que las automotrices estadounidenses quebraran lo dejó sin posibilidades en los estados decisivos cuya economía depende de dicha industria¹²⁴.

El punto flojo de la campaña de Barack Obama fue su desempeño en el primer debate presidencial. En la que probablemente fue la peor noche de su carrera política, su candidatura perdió tracción entre los independientes y le permitió a Romney recomponer su imagen, alejándose de la imagen de un capitalista destructor de empleos¹²⁵. El republicano intentó aprovechar el momento, pero no llegó a superar consistentemente al presidente en las encuestas, y de hecho varios analistas sostienen que los demócratas siempre mantuvieron su dominio sobre varios estados clave en el colegio electoral¹²⁶. En su momento se dio mucha importancia al mal desempeño del presidente, pero en las encuestas tras el proceso electoral se apreció que para septiembre, antes del primer debate, el 70% de los votantes ya había decidido su voto.

El 28 de octubre el huracán Sandy prácticamente detuvo la carrera electoral. La respuesta del presidente al desastre logró una inusual serie de elogios desde ambos partidos, cuando los gobernadores de los estados afectados mostraron su satisfacción con la respuesta del gobierno federal, con el caso destacado del gobernador de Nueva Jersey, el republicano Chris Christie, quien había sido uno de los mayores críticos del presidente¹²⁷. Con ello cesó la impresión de que la campaña de Romney venía cobrando impulso desde el primer debate presidencial: el desastre natural le recordó a la población cuánto necesita al gobierno y minó el mensaje del Partido Republicano de que el mercado lo resuelve todo¹²⁸.

¹²⁴ ROMNEY, Mitt. «Let Detroit Go Bankrupt». *The New York Times*, nov.19, 2008, p. A35.

¹²⁵ Ver los detalles en el extenso resumen de la campaña: NAGOURNEY, Adam, Ashley PARKER, Jim RUTENBERG y Jeff ZELENY. «How a Race in the Balance Went to Obama». *The New York Times*, nov. 8, 2012, pp. P1 y P14.

¹²⁶ Ver por todos el blog FiverThirtyEight de Nate Silver, quien acertó quién ganaría en cada uno de los cincuenta estados y que el día previo a la elección anunció que el presidente tenía más de un 90% de probabilidades de ganar.

¹²⁷ NAKAMURA, David y Karen TUMULTY. «Storm provides Obama with a commander-in-chief moment». *The Washington Post*, nov. 1, 2012.

¹²⁸ CASSIDY, John. «Obama takes early lead in hurricane Sandy world series». *The New Yorker*, Rational Irrationality blog, oct. 29, 2012.

Uno de los aspectos más característicos del proceso electoral de 2012 es que, si se tiene en cuenta la estructura partidista estadounidense, polarizada ideológicamente, ambos candidatos estaban alejados de la ideología imperante en su partido. Romney parecería ser un moderado, pero renegó de sus posiciones anteriores cuando se dio cuenta de que no sería el candidato a la presidencia si no asumía la ideología conservadora. Así, se alejó del centro pero con el temor de que con su radicalización perdería los votos de los independientes. El presidente Obama también está disociado de su partido pero por su desdén hacia la clase política en general. En sus discursos, al igual que Reagan, se refiere a la Casa Blanca y al Congreso, no a los republicanos y a los demócratas¹²⁹. De hecho, parece más un republicano moderado que un demócrata progresista, en contraposición con la faceta extremista que Romney presentó durante la campaña¹³⁰.

Un segundo aspecto es que en general la campaña no presentó un debate sobre los asuntos políticos prioritarios en EE.UU., sino que se concentró en aspectos tácticos como la movilización de los votantes¹³¹. Hay tres factores que explicarían esta situación¹³². El primero es que la creciente polarización ha eliminado los espacios públicos en los que se debatían los asuntos políticos contrastando posiciones y llegando a síntesis sobre ellas. Hoy los medios de prensa y los espacios públicos están orientados a un tipo de consumidor, ya sea liberal o conservador, con lo que se convierten en cajas de resonancia de verdades incontrovertibles, apoyando al partido que corresponda y criticando al otro. El segundo es que a diferencia de la campaña de 2008, en la cual ambos candidatos ofrecieron un modelo de liderazgo, esta vez ninguno de los dos apeló a nociones románticas de transformación desde la presidencia. El tercero es la marginalización de los candidatos, que no es un fenómeno nuevo. Los postulantes están perdiendo el espacio desde donde controlaban la retórica política, empujados fuera por una combinación de operadores políticos y fuentes de dinero paralelas, como los *super PAC*. Parte del problema es la gran cantidad de tiempo que los candidatos invierten en recaudar los fondos que les permitan sobrevivir en el costoso ambiente político contemporáneo.

Finalmente, cabe añadir que la campaña presidencial cada vez se concentra más en unos pocos estados en los que se define la elección. Los candidatos no tienen incentivos para hacer campaña en estados en los que son claramente favoritos. Este es uno de los defectos principales que se atribuye al sistema de Colegio Electoral, y que hace

¹²⁹ BROMWICH, David. «The Election III». *The New York Review of Books*, 59(17), nov. 8, 2012.

¹³⁰ Sobre este punto en SULLIVAN, Andrew. «The Conservative Case for Obama – Again». *The Daily Beast*, jul. 30, 2012.

¹³¹ Ver LEIBOVICH, Mark. «Feel the loathing on the campaign trail». *The New York Times Sunday Magazine*, sep. 2, 2012, pp. MM30 y ss., y HABERMAN, Maggie y Alexander BURNS. «The 2012 campaign is the smallest ever». *Politico*, jun. 20, 2012.

¹³² HARRIS, John F. y Jonathan MARTIN. «Why 2012 turned small». *Politico*, nov. 6, 2012.

que el voto de un republicano no tenga ninguna relevancia en California ni el de un demócrata en Oklahoma¹³³. No presentaremos acá el delicado debate sobre el sistema de Colegio Electoral, pero sí constatamos que fuera de las virtudes que pueda ofrecer, tiene el problema de que genera que en la campaña se ignore por completo a una buena parte de la población estadounidense¹³⁴. Como anota Liptak, hay ciudades en Ohio que han recibido más atención que toda la costa oeste del país¹³⁵.

7. El resultado de las elecciones de 2012

La noche de la elección fue mostrando un mapa electoral que sostenidamente favoreció al presidente, quien ganó casi la totalidad de los estados decisivos, excepto Carolina del Norte; para finalizar con 332 votos electorales contra los 206 de Romney. El margen de la victoria del presidente fue mayor de lo que muchos analistas estimaban, y también venció en el voto popular: 63,5 millones de personas contra 59,6 millones.

Para 2012, los demócratas eran favoritos en estados que suman 247 votos electorales, a solo 23 de los 270 que necesitan para ganar la presidencia. En contraste, el Partido Republicano solo era favorito en estados que sumaban 191 votos¹³⁶. Vale decir, el piso mínimo de votos electorales que podían obtener los demócratas era bastante mayor que el de los republicanos. De otro lado, el techo de votos electorales de los demócratas es muy superior al de los republicanos. El problema para los republicanos —y no solo para Romney— es que el máximo al que pueden aspirar son los estados que George W. Bush ganó en 2004, que con los cambios incorporados por el Censo de 2010 hoy equivaldrían a 292. Ello deja muy poco margen de error a los republicanos y debería preocuparles profundamente para el futuro¹³⁷. Además, con los resultados de las dos últimas elecciones el Partido Demócrata ha convertido en *swing states*¹³⁸ a dos estados que tenían una larga tradición de voto republicano para

¹³³ Ver el editorial «The Tarnish of the Electoral College». *The New York Times*, nov. 16, 2012, p. A34.

¹³⁴ Para la crítica al Colegio Electoral: EDWARDS III, George C. *Why the Electoral College Is Bad for America*. New Haven: Yale University Press, 2005. A favor: ROSS, Tara. *Enlightened Democracy: The Case for the Electoral College*, Dallas: Colonial Press, 2012. Una alternativa al sistema actual es el *National Popular Vote Interstate Compact* (NPVIC), de la que son parte ocho estados y el distrito de Columbia, y que entrará en vigor cuando veintiséis estados adhieran al convenio. La NPVIC busca cambiar las reglas actuales de atribución de votos electorales para que el presidente electo sea aquel que obtenga más votos en el voto popular.

¹³⁵ LIPTAK, Adam. «The Vanishing Battleground». *The New York Times Sunday Review*, nov. 4, 2012, p. 1.

¹³⁶ TOMASKY, Michael. «The Election I». *The New York Review of Books*, nov. 8, 2012, vol. 59, no. 17.

¹³⁷ Sobre este punto, el voto latino y el voto juvenil, CILLIZZA, Chris. «What the 2012 election taught us».

¹³⁸ Los *swing states* son unos pocos Estados en los cuales ninguno de los dos partidos es el favorito y las eventuales victorias son por márgenes muy reducidos, a diferencia de la mayoría de Estados que suele apoyar sostenida y decididamente a un partido. Por ello las campañas electorales, juegos de suma cero, se concentran en ganar dichos estados, cuyos votos electorales son decisivos.

presidente: Virginia y Carolina del Norte. Con dichos estados el mapa electoral disponible para los demócratas se ha expandido en 28 votos electorales.

Pese al desencanto sobre la política migratoria, los latinos representaron el 11% del electorado, y entre ellos el presidente venció 69% a 29%. En Florida, uno de los estados decisivos, representaron casi el 20% del electorado y el presidente venció por 21 puntos porcentuales. El Partido Republicano no puede seguir perdiendo el 70% del voto latino y pretender ser viable a nivel nacional en 2016 o 2020. El crecimiento demográfico latino probablemente haga que Arizona se vuelva un *swing state* en la próxima elección y Texas podría hacerlo en 2020 a menos que los republicanos logren tender puentes con la comunidad latina. Sin esos dos estados, los republicanos no volverán a tener un presidente hasta que no haya un profundo cambio estructural en su ideología o en la composición demográfica del electorado.

Barack Obama siempre ha procurado obtener el voto de los jóvenes, que solían tener escasa participación en las elecciones. En 2008 los votantes de entre 18 y 29 años de edad representaron el 18% del electorado, y el actual mandatario venció en ese grupo por 34 puntos porcentuales. En 2012, de acuerdo a la información preliminar, dicho grupo representó un 19% del electorado y el presidente lo ganó por 24 puntos porcentuales. Ello confirma una nueva realidad política: los jóvenes participan de la elección y sus votos son decisivos. La pregunta pendiente es si el voto juvenil está atado al presidente o si es una ventaja para su partido, lo que no podrá saberse hasta las elecciones de 2016.

Otro segmento importante del electorado que apoyó masivamente al presidente Obama, y que casi no ha recibido atención mediática, son los homosexuales. El 5% de los votantes se declara homosexual o bisexual, y entre ellos el presidente venció 76% a 22%. Entre el resto del electorado, que representa al 95% de los electores, hubo un empate en 49%¹³⁹. Vale decir, si analizamos el voto a partir de la orientación sexual, el voto homosexual equivale a la diferencia que dio la victoria al presidente. Además hay que destacar que al dividir el electorado por franjas de edad, existe un mayor porcentaje de homosexuales entre los más jóvenes, lo que sugiere una tendencia demográfica creciente en el voto homosexual.

Estas grandes victorias en segmentos minoritarios del electorado han consolidado la coalición de minorías que el candidato demócrata McGovern impulsó contra Nixon en 1972. Si bien McGovern fue derrotado en forma aplastante, a partir de su candidatura grupos como los afroamericanos, los latinos, los asiáticos, los homosexuales,

¹³⁹ COHEN, Micah. «Gay Support Buoyed Obama, as the Straight Vote Split». *The New York Times*, nov. 16, 2012, p. A21.

las mujeres solteras, y los graduados universitarios han votado cada vez más por el Partido Demócrata¹⁴⁰. Esto demanda que el Partido Republicano deba vencer muy holgadamente entre el resto de segmentos del electorado, buena parte de los cuales son sumamente competitivos. Sin embargo, los grupos que típicamente votan por los republicanos, como los trabajadores blancos sin educación universitaria y los cristianos evangelistas, cada vez tienen una menor representación en el electorado.

De acuerdo con *The New York Times* la victoria del presidente supone un respaldo a sus políticas económicas, las cuales se concentran en la creación de empleos; su reforma de la salud pública; la propuesta de aumentar los impuestos; la búsqueda de una reducción balanceada del déficit fiscal; y sus políticas moderadas en inmigración, aborto y matrimonio entre personas del mismo sexo. Sin embargo, la victoria fue el reflejo de la polarización ya explicada al inicio de este trabajo: los ricos votaron republicano, los pobres votaron demócrata; división que se repitió según el sexo, la edad, la raza y la religión. Los latinos y los afroamericanos votaron masivamente por el presidente; los blancos, por su contendor¹⁴¹. Del mismo modo, Romney venció en los segmentos que se oponen al matrimonio entre personas del mismo sexo y que apoyan la prohibición del aborto y las deportaciones masivas de inmigrantes irregulares.

Las dos variantes de las críticas que el *establishment* del Partido Republicano ha iniciado respecto a la derrota de su candidato guardan correspondencia con las que se plantearon sobre el gobierno de George W. Bush. De un lado, están los conservadores, quienes sostienen que su fracaso se explica por haber abandonado la fe en el desmantelamiento del gobierno grande. Del otro, los moderados, quienes consideran que se ha abierto un abismo entre la clase trabajadora que vota por los republicanos y la agenda política centrada en recortes impositivos con efectos regresivos. La política económica de Bush hijo no significó ingresos para sus votantes e ignoró problemas sociales urgentes como la reforma sanitaria. Tanto la necesidad política como el peso de la evidencia demuestran que el partido debe alterar su rumbo¹⁴².

Dicho debate intenta responder si la derrota de Romney significa que existen problemas irremediables en la habilidad del candidato para articular una alternativa viable al presidente Obama, o si se trata de un problema con la alternativa en sí misma. Las soluciones que el Partido Republicano da para los problemas económicos —la reducción de los tipos impositivos y la desregulación— tuvieron mucha mayor resonancia cuando Reagan llegó al poder, con el tipo impositivo más alto en un 70%

¹⁴⁰ Este planteamiento es explicado en JUDIS, John B. y Ruy TEIXEIRA. *The Emerging Democratic Majority*. Nueva York: Scribner, 2002.

¹⁴¹ «President Obama's success», *The New York Times*, nov. 7, 2012, A26.

¹⁴² CHAIT, Jonathan. «The revolution eats its own», *The Nation*, oct. 25, 2012.

(hoy es 35%) y antes de que un sistema bancario poco regulado estuviera a punto de traer abajo consigo a toda la economía estadounidense. El mensaje del comentario de Romney sobre el «47 por ciento» refuerza la imagen de un partido cuya agenda es el desmantelamiento de la red federal de bienestar¹⁴³.

Romney fue un candidato sumamente veleidoso, en contraste con el habitual equilibrio del presidente Obama. Osciló entre una política exterior fuerte, cercana al estilo de McCain, pero en el tercer debate presidencial, que trató sobre ese tema, se mostró conciliador y concordó en varios asuntos con el presidente. Antes de convertirse en un defensor del derecho de un feto a la vida, apoyó el derecho de la mujer a abortar. En esa línea tuvo giros dramáticos en los derechos de los homosexuales, el control de armas, salud pública, cambio climático, e inmigración¹⁴⁴.

Con todo, el análisis del Partido Republicano sobre la derrota se divide entre los matemáticos, que desean que el partido busque más votos entre los latinos, afroamericanos, jóvenes y mujeres con alto nivel educativo; y los sacerdotes, los puristas que creen que el ideario conservador puede triunfar en una elección si se respetan sus principios básicos¹⁴⁵. Sin embargo, los republicanos dependen enormemente del voto de los trabajadores blancos, pero la cambiante composición del electorado le permitiría a los demócratas obtener los votos electorales suficientes para ganar el Colegio Electoral sin llegar al 50% del voto popular.

La coyuntura por la que pasan los republicanos permite hacer un paralelo con la «travesía en el desierto» de los demócratas durante los mandatos de Reagan y Bush padre. Si bien hay voces que niegan que el partido requiera transformaciones drásticas, los primeros intentos por cambiar la situación se han dado en un acercamiento hacia los latinos, bajo la premisa de que serían un bloque conservador en asuntos sociales y fiscales, y teniendo en cuenta los avances de la maquinaria de Rove en las elecciones de 2004, cuando los republicanos lograron el 40% del voto en dicho segmento¹⁴⁶.

8. Perspectivas del segundo mandato del presidente Obama

Sin el prospecto de una campaña por la reelección, un presidente reelecto puede actuar menos atado a su base partidaria y acercarse más al centro, especialmente dado el actual entorno polarizado¹⁴⁷. Además, según lo visto en su primer mandato,

¹⁴³ BAI, Matt. «Is there life after Mitt?». *The New York Times Magazine*, oct. 9, 2012, pp. MM30 y ss.

¹⁴⁴ Editorial Board, «Washington Post endorsement: Four more years for President Obama».

¹⁴⁵ Dicha distinción es presentada en HULSE, Carl. «Republicans Face Struggle Over Party's Direction». *The New York Times*, nov. 7, 2012, pp. A1 y P6.

¹⁴⁶ LIZZA, Ryan. «The Party Next Time». *The New Yorker*, nov. 19, 2012, pp. 50-57.

¹⁴⁷ LIZZA, Ryan. «The Second Term», p. 47.

es razonable esperar que el presidente se aparte de medidas progresistas radicales. No obstante, el segundo mandato del presidente Obama cuenta con varios condicionantes importantes. Primero, es el único presidente en 124 años que fue reelecto con un resultado electoral inferior al de su primera candidatura, lo que podría restarle poder. Más importante, no tendrá la acostumbrada luna de miel tras la elección: el 1 enero de 2013 enfrentará el llamado abismo fiscal, que incluye una serie de recortes automáticos distribuidos entre diversas entidades gubernamentales, incluido el Departamento de Defensa, y la expiración de los recortes de impuestos de George W. Bush. En ese sentido, la situación recuerda a los debates sobre asuntos fiscales que enfrentaron a Bill Clinton y el Congreso en 1994.

De acuerdo a las proyecciones de la Oficina de Presupuesto del Congreso, si bien el abismo fiscal, que incorpora mayores ingresos por el aumento de impuestos y menores gastos por los recortes automáticos, reduciría el déficit fiscal en un 4% del PIB, en el proceso podría generar una nueva recesión que aumente el desempleo¹⁴⁸. Dicha situación puede evitarse si el presidente y el Congreso acuerdan un plan alternativo para reducir el déficit fiscal, para lo cual ya ha habido declaraciones favorables de ambas partes. Sin embargo, hay voces como la de Krugman, que señalan que el abismo fiscal no es un asunto urgente y que el gobierno debería concentrarse más bien en crear las condiciones para mantener el crecimiento económico, que a su turno permitirá una reducción de la tasa de desempleo y llevará a la recuperación de la economía estadounidense¹⁴⁹.

Sea cual fuere la solución, resolver dicha situación sería un gran logro político que le permitiría al presidente sostener que cumplió una de sus promesas principales de 2008: forjar acuerdos bipartidistas de gran calado. De hecho, si lograra guiar a ambos partidos hacia un acuerdo que coloque al gobierno federal en el camino de la sostenibilidad fiscal, sería un logro inmenso que vindicaría su bipartidismo. Existe así la posibilidad de que la segunda administración Obama se inicie con grandes reducciones en el déficit y una reforma profunda de los impuestos y los *entitlements*, como en los segundos mandatos de Reagan y Clinton.

El bloque republicano en la Cámara no parece mantener una posición uniforme de oposición a un acuerdo bipartidista. Las conversaciones de 2011 con la Casa Blanca muestran una vez más a un partido dividido entre la facción de extrema derecha que se opone a cualquier aumento de impuestos, y los republicanos más tradicionales, a los que le preocupa el déficit de largo plazo y que dadas ciertas circunstancias podrían

¹⁴⁸ Para una detallada explicación sobre el abismo fiscal: CALMES, Jackie. «Demystifying the Fiscal Impasse That Is Vexing Washington». *The New York Times*, nov. 16, 2012, pp. A20 y A22.

¹⁴⁹ KRUGMAN, Paul. «Fighting Fiscal Phantoms». *The New York Times*, nov. 26, 2012, p. A27.

votar a favor de una subida de los tipos impositivos. La clave será si Boehner está preparado para apartarse del *Tea Party*, para lo cual el presidente tendrá que convencer a los republicanos de que el obstruccionismo es una estrategia con la que no pueden ganar¹⁵⁰. En esa medida, el reto para el presidente será emplear su éxito electoral para convencer a los republicanos de que un acuerdo les conviene porque la mayoría de estadounidenses parece apoyar un aumento de impuestos para los más ricos¹⁵¹.

En su discurso tras ganar ser reelecto, el presidente hizo eco de su ya citada alocución en la Convención Demócrata de 2004:

I believe we can seize this future together because we are not as divided as our politics suggests. We're not as cynical as the pundits believe. We are greater than the sum of our individual ambitions, and we remain more than a collection of red states and blue states¹⁵².

Por su parte, al día siguiente de la victoria electoral de Obama, Boehner declaró:

Mr. President, this is your moment. We're ready to be led —not as Democrats or Republicans, but as Americans. We want you to lead, not as a liberal or a conservative, but as president of the United States of America¹⁵³.

Con dichas declaraciones se hace evidente que los líderes que tendrán que negociar el punto más trascendente de la agenda política contemporánea estadounidense —la reducción del déficit fiscal— reconocen que su país está dividido, pero muestran su esperanza en que superarán el abismo ideológico y partidista para llegar a un acuerdo. Probablemente haya soluciones parciales de cara al abismo fiscal, pero es razonable esperar algún tipo de compromiso sobre la base mínima del aumento de la tasa del impuesto a la renta para los más ricos, que es la línea que ha puesto el presidente para iniciar las negociaciones.

Debe recordarse que la gran mayoría de republicanos siguen ligados a la *Taxpayer Protection Pledge* (TPR), iniciativa promovida por Grover Norquist, activista conservador, fundador y presidente de la asociación *Americans for Tax Reform*. Antes de las elecciones de 2012, el compromiso ya había sido suscrito por el 95% de los miembros del Partido Republicano en el Congreso y por casi todos los candidatos a las primarias del partido. El compromiso se opone a los aumentos marginales en la tasa del impuesto a la renta tanto para individuos como empresas, así como a la eliminación

¹⁵⁰ LIZZA, Ryan. «The Second Term», p. 51.

¹⁵¹ CALMES, Jackie. «In Debt Talks, Revived Obama Is Ready to Go Beyond Beltway». *The New York Times*, nov. 12, 2012, pp. A1 y A21.

¹⁵² Presidente Barack Obama, «Reelection Speech», Chicago, nov. 7, 2012.

¹⁵³ Citado en CALMES Jackie y Peter BAKER. «Conciliatory Words From Leaders Amid Talk of Cabinet Shake-Up». *The New York Times*, nov. 8, 2012, p. A1.

o reducción de exoneraciones sin una reducción equivalente en los tipos impositivos¹⁵⁴. Sin embargo, el resultado de las elecciones redujo los signatarios de 41 a 39 en el Senado y de 238 a 217 en la Cámara, lo que junto al temor al impacto del abismo fiscal ha dado vigor a la oposición a Norquist en el partido¹⁵⁵. Al cierre de este artículo tres republicanos en el Congreso ya se habían desvinculado del compromiso.

Es altamente probable que en el segundo mandato de Barack Obama se de impulso a la reforma inmigratoria, que hoy debería contar con amplio respaldo bipartidista. Los republicanos tienen interés en apartarse de su retórica nativista para poder ampliar su potencial caudal de electores; mientras que el presidente ya suspendió varias deportaciones que calzaban con los requerimientos de la DREAM Act y su victoria electoral se construyó con la participación de diversas minorías entre las que hay una alta tasa de residentes con situación migratoria irregular, especialmente los latinos. El presidente solo tendrá un par de años para trabajar en su agenda doméstica, porque en 2015 se iniciarán las campañas para las elecciones de 2016, que reducirán el margen de maniobra de los diversos actores políticos.

Como demostraron los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, en política exteriores sumamente difícil predecir cuáles serán los asuntos prioritarios. Las relaciones con China podrían ser uno de ellos. China está inmersa en una transformación dramática de su cúpula dirigente, en el medio de turbulencias financieras y la crisis económica internacional. Se estima que algunos de los nuevos dirigentes del Partido Comunista puedan ser más nacionalistas que sus predecesores y estén alarmados por las políticas estadounidenses en la región. Habrá que esperar que se dé el cambio del gobierno chino en marzo de 2013, sobre las bases de los cambios de noviembre de 2012 en el Partido Comunista de China para analizar si los nuevos líderes mantendrán las políticas actuales o si incorporarán cambios sustanciales. El reto para EE.UU. será lidiar con estos cambios a la par que consolida su posición en el Asia-Pacífico.

El conflicto árabe-israelí ha vuelto a cobrar resonancia internacional. El escalamiento de las hostilidades entre Israel y Palestina ha llevado al presidente a concentrarse nuevamente, contra su voluntad, en el Próximo Oriente. Con todo, esta podría ser una buena oportunidad para aplicar el multilateralismo a través de la participación de Egipto, Qatary Turquía en un eventual cese al fuego. Las declaraciones del presidente Obama apoyando el derecho de Israel a defenderse de ataques terroristas pero pidiendo que la respuesta sea moderada es muestra de una intención de balancear la relación

¹⁵⁴ El compromiso planteado por Norquist es un documento fundamental detrás de la ideología conservadora más reaccionaria en EE.UU. Ver: SEITZ-WALD, Alex. «Is It Game Over for Norquist?». *Salon*, nov. 14, 2012.

¹⁵⁵ PETERS, Jeremy W. «For Tax Pledge and Its Author, a Test of Time». *The New York Times*, nov. 20, 2012, p. A1.

israelí-estadounidense, parte integral de la política exterior de su país, con el respeto a las reticencias egipcia, qatari y turca respecto a la intervención israelí en Palestina.

Respecto a América Latina, es poco lo que puede decirse. La región no es una prioridad económica ni política, y el único interés claro que tiene EE.UU. es su agenda de lucha contra el narcotráfico, el lavado de dinero y otras actividades ilícitas. La iniciativa de ciertos presidentes latinoamericanos sobre la regulación de las drogas en lugar de su prohibición difícilmente podría cobrar un mayor impulso, aunque la implementación del nuevo régimen uruguayo en la materia y la victoria de la legalización en las consultas populares en el Estado de Colorado podrían darle cierta tracción. Dos asuntos que podrían acercar a la administración Obama a la región indirectamente son los avances en la integración a nivel del Foro de Cooperación Asia-Pacífico (APEC) y las virtudes que pueda suponer una eventual reforma inmigratoria que beneficie a familiares de latinoamericanos. Con todo, si bien el triunfo electoral del presidente Obama fue muy bien recibido en Latinoamérica, no parece que vaya a haber un mayor acercamiento hacia la región.

9. Conclusiones

El presidente Obama fue reelecto porque era un mejor candidato que Romney; porque tuvo un equipo que logró movilizar los votos suficientes para imponerse en los segmentos que, dada la estructura demográfica, socioeconómica y cultural del electorado, podían darle votos adicionales; porque tuvo una mejor estrategia de campaña; y porque el Partido Republicano no ha logrado dar batalla en aquellas secciones del electorado que vienen creciendo y donde los demócratas han tenido importantes avances, como los latinos, los asiáticos y los homosexuales.

La creciente polarización partidaria e ideológica, con los republicanos como los más extremistas, continuará a menos que el liderazgo del Partido Republicano logre retomar el centro, apartándose de los radicales del *Tea Party*. Hoy ello parece improbable y sin embargo es la única salida para los republicanos. Dados los cambios demográficos, socioeconómicos y culturales en EE.UU., los republicanos difícilmente podrán retomar la presidencia con la actual configuración del Colegio Electoral, a menos que los demócratas elijan un candidato demasiado progresista. Los latinos y la política migratoria serán piezas importantes en la estrategia de ambos partidos. Para el Partido Demócrata la pregunta debe ser si los triunfos de 2008 y 2012 son del partido o de Barack Obama, que tuvo siempre un equipo propio y que combatió al *establishment* demócrata en la persona de Hillary Clinton. Las elecciones de 2016 ofrecerán respuestas en ambos aspectos: si los republicanos cambiarán o reafirmarán su ideología extremista, y si los demócratas han pasado a controlar el Colegio Electoral.

Como señala Lizza, un presidente reelecto piensa sobre todo en cuáles serán las políticas por las que será recordado¹⁵⁶, y el presidente Obama ya tiene el plan de estímulo y la expansión de la salud pública en su haber. El asunto doméstico más importante y urgente para EE.UU. es reorganizar el gasto público a través de la conciliación de las ideologías de ambos partidos, con miras a lograr un presupuesto equilibrado de largo plazo que permita combatir el déficit fiscal, aumentar la recaudación, recortar los *entitlements* más costosos, y hacer más eficiente el gasto. Existe evidencia de que la presión tributaria en EE.UU. es muy baja para su PIB y que no guarda correspondencia con el tamaño de su economía y sus consiguientes necesidades de gasto. En pocas palabras, en EE.UU. se recauda y se gasta poco. Una solución a ese problema debe ser pospartidista, para lo que se requerirá que ambos partidos se encuentren al centro del espectro político. Dado su historial, el presidente Obama podría ser una figura que permita ese acercamiento, siempre que logre superar la oposición republicana y movilizar a los demócratas detrás de él. El presidente transformador que asumió en 2009 podría convertirse en uno facilitador del cambio en 2013, logrando al fin vencer la polarización partidista que denunció en 2004.

Finalmente, toda vez que ya no enfrentarán una nueva campaña por la reelección, los presidentes reelectos suelen concentrarse en la política exterior. Es probable que el presidente busque consolidar su legado con importantes avances en la política internacional, para lo cual continuará con la retirada de Afganistán, buscará reparar los lazos con Paquistán y contribuir al combate de Al Qaeda, y procurará consolidar su posición en el Asia-Pacífico, convirtiéndose en un freno para las ambiciones chinas. El problema estratégico más importante en el corto plazo, con importantes consecuencias en el largo plazo, será la evaluación de qué medidas aplicará el nuevo liderazgo chino frente a la creciente presencia estadounidense en sus áreas de influencia. Al momento de escribir este artículo cobra vigor el involucramiento estadounidense en el conflicto árabe-israelí, especialmente en Palestina, con la virtud de haber incorporado a Egipto, Turquía y Qatar como actores para una eventual solución colectiva. Las perspectivas de una solución a este conflicto no son buenas, pero habrá que observar con prudencia qué posibilidades ofrece un Oriente Próximo reconfigurado tras las revueltas de la Primavera Árabe.

¹⁵⁶ LIZZA, Ryan. «The Second Term», p. 44.